



MIGUEL DE ANIELLO



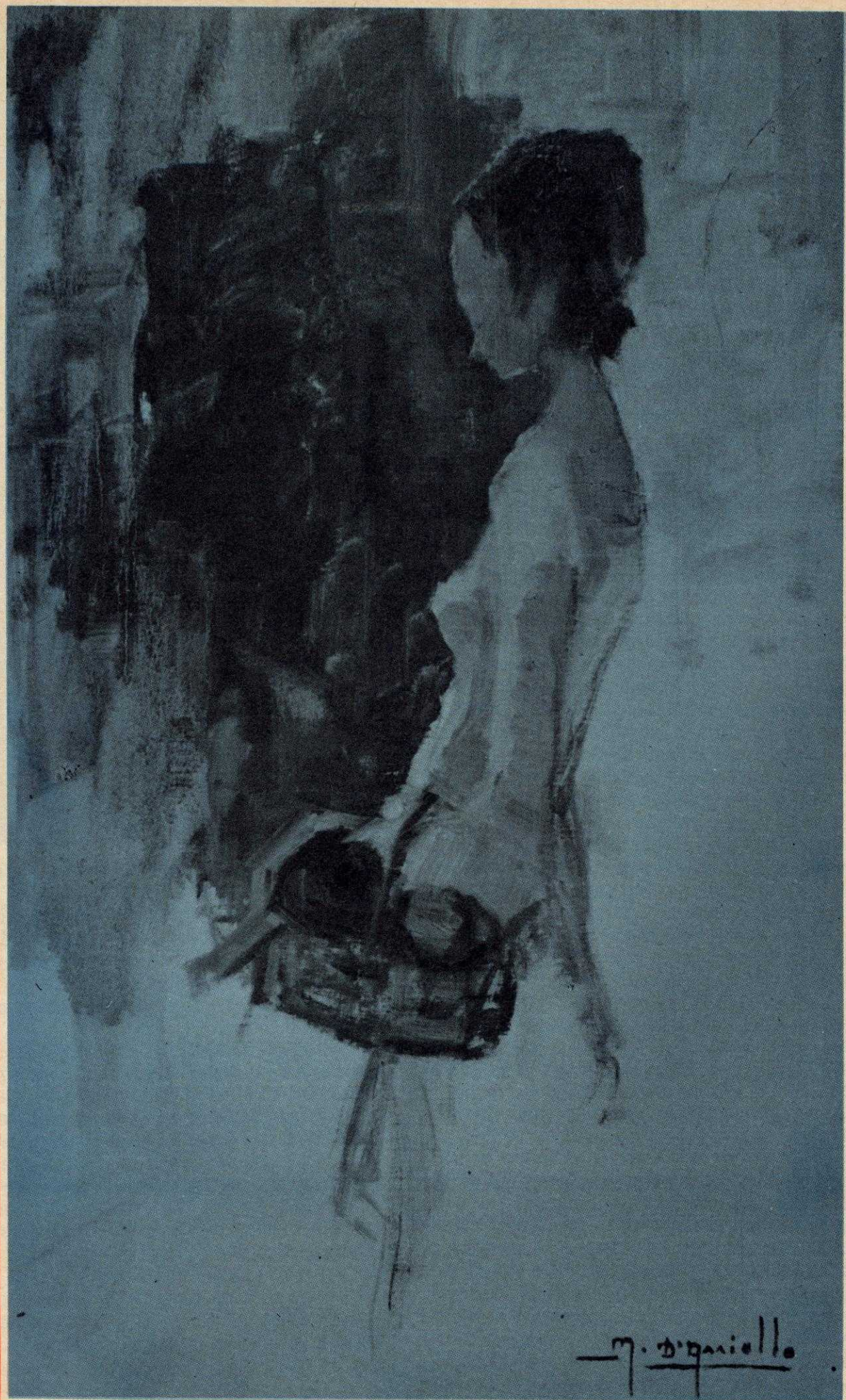
De Michele D'Aniello, al que conozco desde hace varios años, había admirado algunos cuadros presentados en exhibiciones colectivas; pero, hasta ahora, no había profundizado en el conocimiento del hombre y el artista. El mismo me ofreció recientemente la oportunidad de hacerlo. Invitado amablemente por él, fui a su estudio, situado al comienzo de la vía dei Ponti Rossi, sobre la amena colina de Capodimonte: una zona en la que el verde resiste todavía, con tenacidad, contra la invasión del cemento árido y sofocante. Michele D'Aniello, que vivía hasta hace poco tiempo en la Villa Fragala, del siglo XIX, situada también en la colina bucólica, ha escogido su nueva residencia en el Parco Diana, circundado de vegetación de un verde explosivo.

Michele D'Aniello, hombre del Sur (nació en Lipari, en la provincia de Messina, pasó su infancia en Parete, en la provincia de Caserta y de aquel pueblecito que le es tan querido, me mostró algunos bosquejos muy, muy sugestivos), con una cordialidad cautivante: la simpatía que emana de su persona, la exhuberancia tan mericional de sus gestos y su forma de hablar, conquistan al interlocutor.

En su estudio pude admirar telas que me impresionaron fuertemente. D'Aniello es, verdaderamente, uno de esos pintores que se pueden definir como eclécticos. El eclecticismo de este artista ha sido puesto de relieve por muchos críticos, no sólo de Nápoles.

Antes de explayarme sobre su arte, deseo subrayar que también él, como tantos de sus colegas, al venir a Nápoles, se ha quedado tan prendado de la fascinación que emana de la cornisa llena de belleza que circunda a la ciudad, que ha decidido echar en esta tierra sus raíces y establecerse definitivamente. Este pintor, con una capacidad instintiva realmente sorprendente, es un excelente paisajista y figurista, que se formó por sí solo, mediante el estudio de los aspectos multiformes de la naturaleza y las representaciones de tipos humanos. De la validez de su arte dan fe las decenas y decenas de pinturas que enriquecen las colecciones de sus admiradores de Nápoles y otros lugares. No sé si D'Aniello conoce este precepto del divino Leonardo da Vinci: **La figura no es loable más que si aparece algún acto que exprese las pasiones del alma.** Probablemente no lo conoce; y es por esto que sorprende su arte como intérprete del alma humana, cuyas características representa siempre con un vigor muy incisivo. En **El Arabe**, pintado durante su encarcelamiento en Egipto, ha captado felizmente la intensidad de la vida interior del oriental; el retrato del Papa Juan XXIII fue una soberbia afirmación, siendo él el triunfador del concurso convocado por la Ciudad del Vaticano (la reproducción en colores de esta obra, con las facciones bonachonas del Vicario de Cristo que fue amado por toda la gente, adorna la cubierta de una espléndida monografía compuesta por el periodista napolitano Eugenio Cutolo). Y he aquí **I figli di nessuno** ("Los hijos de nadie") (colección Amodio), en los que la condición de rechazados ha marcado sus rostros y plegado sus labios en un gesto dolorosamente amargo; "El Avaro", de mirada oblicua, ceñuda y suspicaz; "il bigotto" ("el





— M. D. G. M. —

beato") (colección Lanzotti di Padova), de ojos semicerrados y las manos sobre el rosario, expresando la maldad profunda, al orar a Dios con egoísmo e hipocresía; "La giusta via" ("El camino justo"), que ofrece a la vista la figura absorta, que parece anularse en su adoración del Crucifijo; "I sette peccati capitali" ("Los siete pecados capitales") (colección d'Orta), síntesis de las más bajas pasiones y los vicios más torpes que alberga el alma humana, haciendo a los que son sus presas seres despreciables, y "Il primo debutto" ("La primera presentación") (colección Maffettone del Banco de Nápoles), en el que destaca la elegancia de las formas de las gráciles bailarinas.

Michele D'Aniello ha sido definido como "El soldado de la paleta", porque su actividad durante el servicio militar, en la guerra y en su encarcelamiento en Egipto y Asia Menor, fue intensa, como lo había sido antes y lo es todavía; se le ha llamado también el "pintor social", por sus numerosas obras de concepción democrática, en las que parece denunciar aspectos despreciables de la sociedad. Esas definiciones le van como anillo al dedo; pero, en lo que se refiere a la segunda de ellas, el artista, durante nuestra conversación, quiso precisarme que, al pintar, no se plantea ningún problema: no hace más que reproducir sobre la tela, con sus pinceladas anchas, siempre con una óptima impresión material, aquí densas, allá con toques mórbidos o velados diáfanos, lo que sus ojos ven, lo que, sensibilizándolo, le proporciona la carga emotiva que le hace blandir los pinceles y trabajar. Por consiguiente, su arte no tiene una intención deliberada, puesto que nace de impulsos internos y que, lo repito, es puramente instintiva y tiene una validez encomiable. Es preciso subrayar que es igualmente eficaz en los paisajes como en las figuras: en los primeros se revela seguro en la disposición de los planos y, por ende, en la perspectiva, con sus pinceladas de fácil bravura; en las segundas es valiosísimo, como lo he dicho ya, en las fisionomías.

En su estudio, entre tantas obras, he apreciado, particularmente, un grupo de bailarinas longuilíneas, admirables por la armonía de sus miembros, que surgen con el ritmo de la danza, en medio de la vaporosa de los vestidos de tul, como de la espuma del mar: aquí, la ligereza de los toques es verdaderamente magistral. Otras obras confirman el valor, no sólo formal, del arte de D'Aniello. De su **curriculum vitae** saco las noticias siguientes, que me parecen muy significativas: llamado a las armas en 1935 y removilizado después en 1940, participó activamente en la Segunda Guerra Mundial; transferido a Africa (Tobruk), entre una pausa y otra del servicio militar, siguió cultivando la pintura, hasta el punto de que, como señalé antes, se le definió como "el soldado de la paleta". En 1941, después de la retirada de las tropas italianas y alemanas del Africa septentrional, las obras que había producido entretanto, cayeron en manos de los ingleses. Hecho prisionero, D'Aniello fue enviado al Cairo, en Egipto, donde, gracias a sus excelentes dotes de artista, fue tomado en benévola consideración por el Mando de las Fuerzas Armadas Británicas.

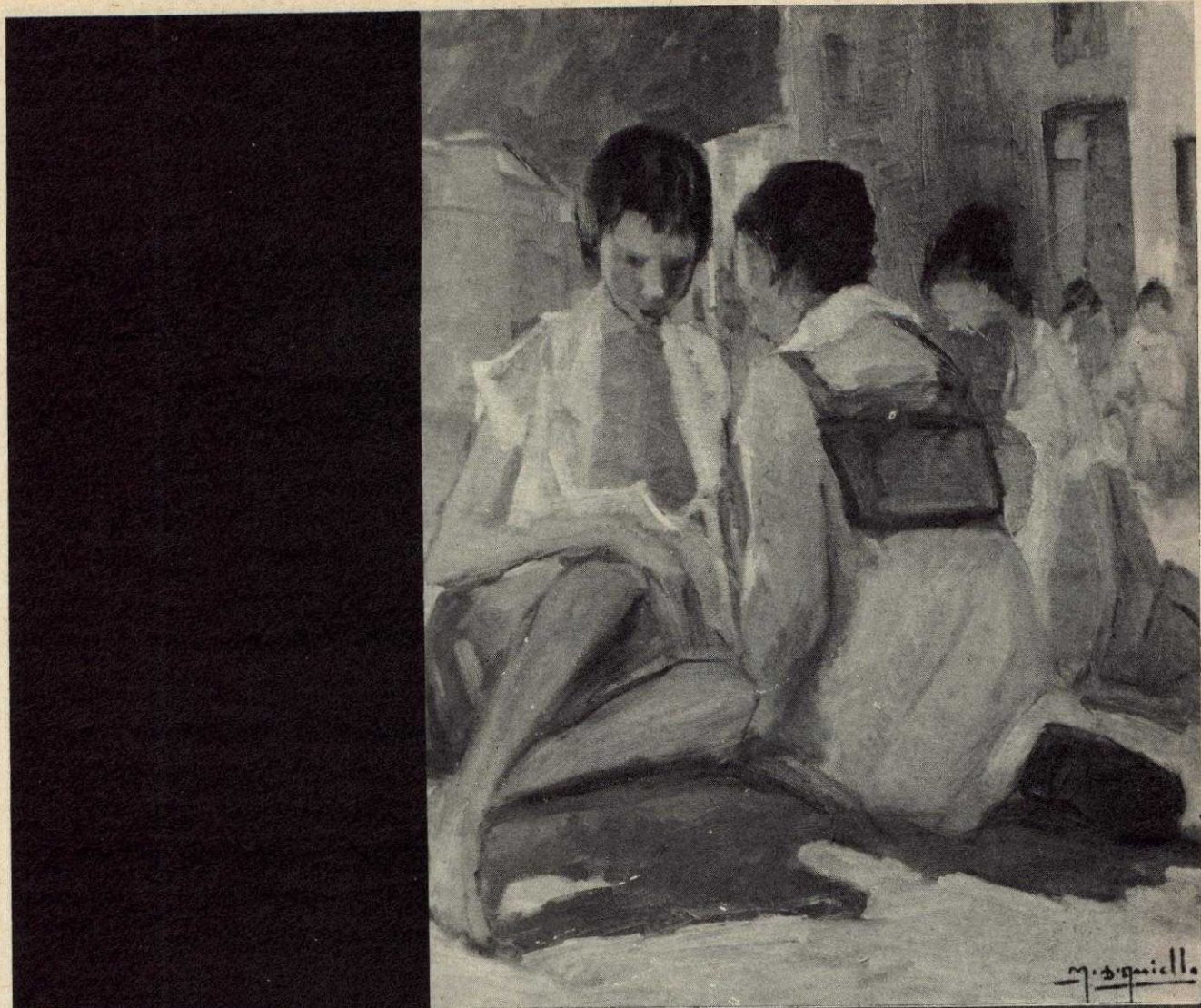


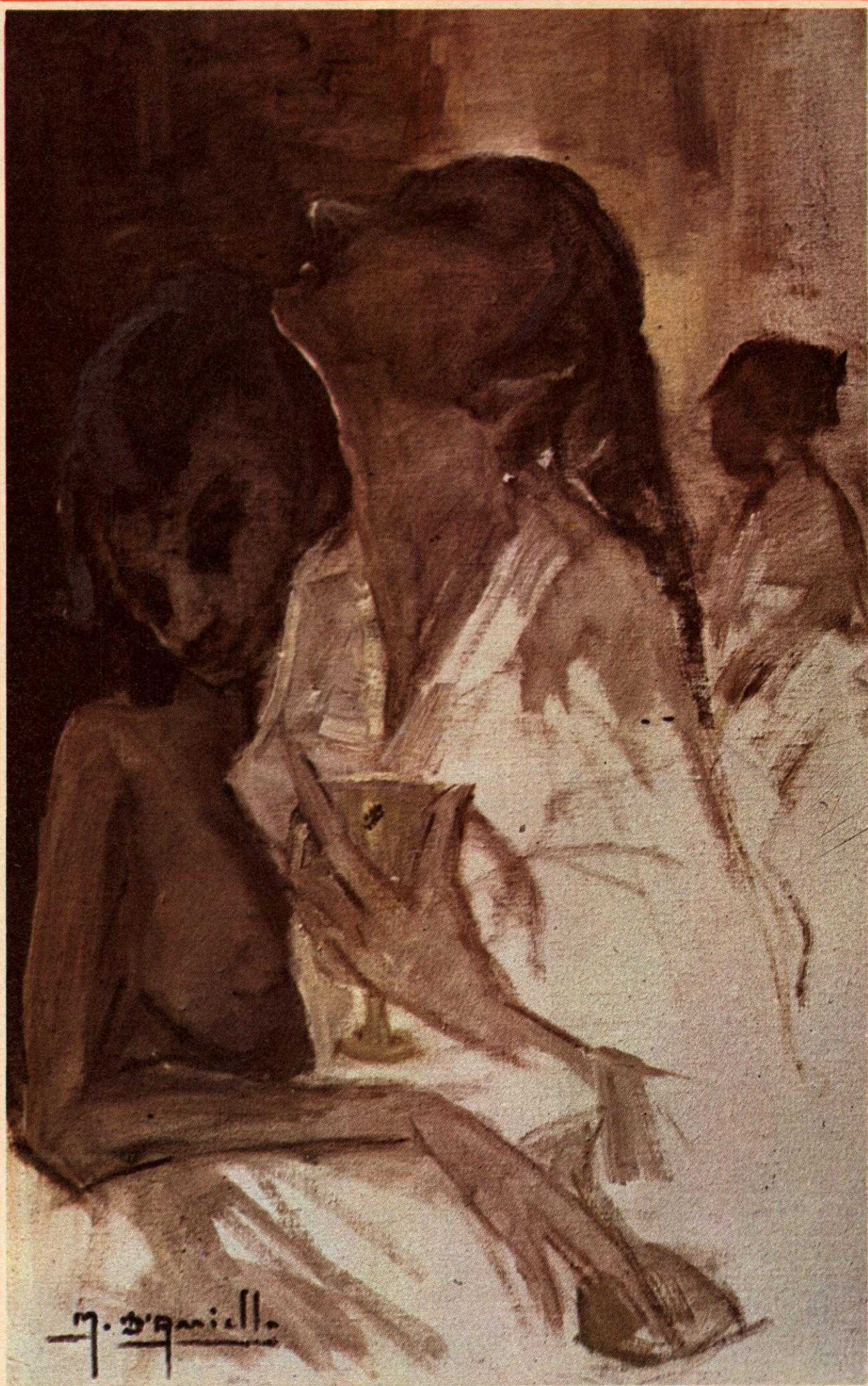
Sin embargo, en algunas circunstancias tuvo que mostrar su carácter fiero y desdénoso.

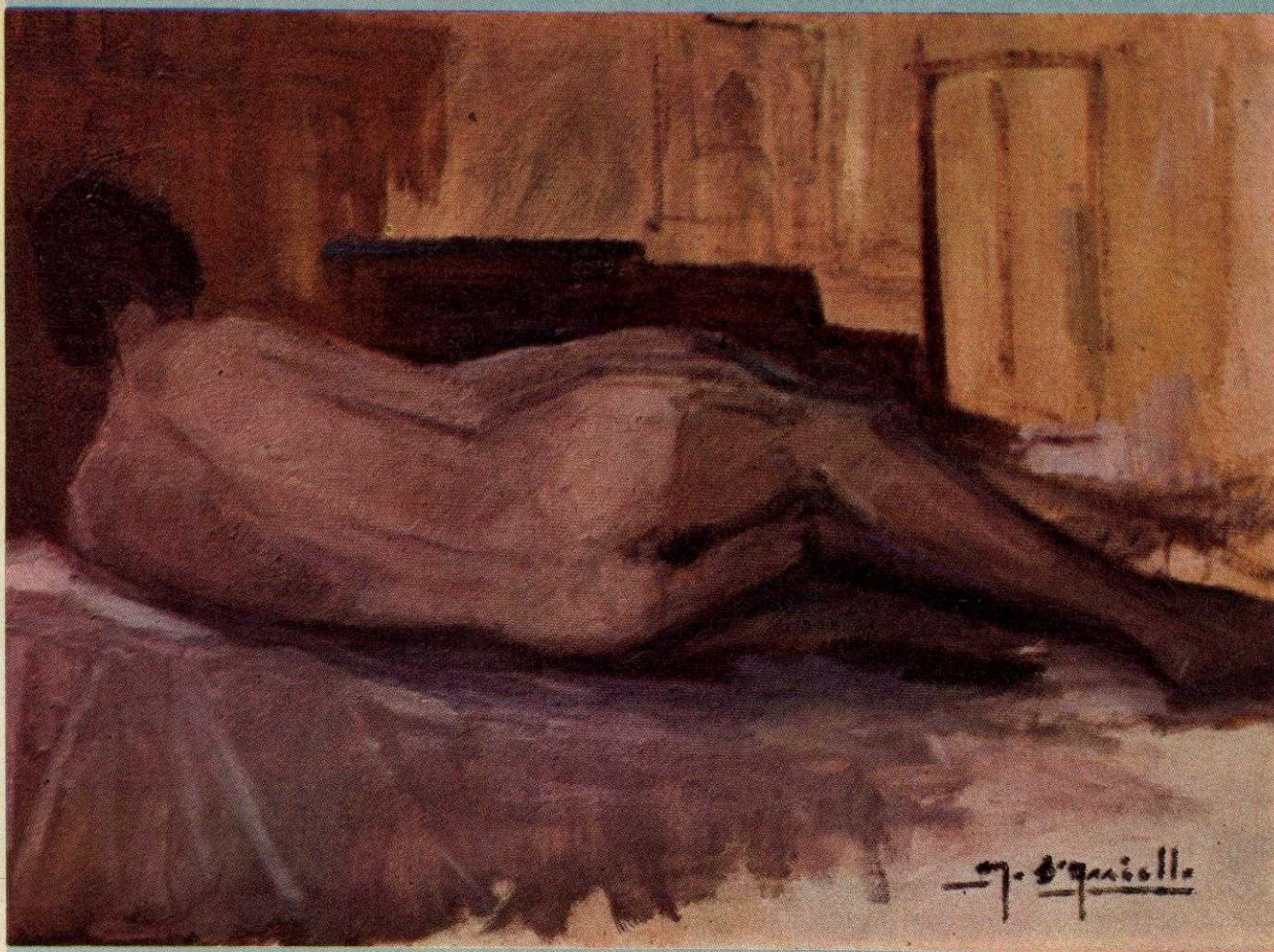
De regreso a la patria, en 1946, después de infinitas peripecias, contrajo nupcias con la señorita Carmela Ugga. Entonces se inició el período más fecundo y genial de su actividad artística (Las noticias relativas, extractadas de este artículo, se dan en otra parte de este volumen).

Afirmo que no es fácil substraerse a la fascinación que emana de la pintura de este artista: una vez vistas, permanecen en la retina poderosamente las figuras de **Las bailarinas**, de **Gente del Circo**, de **Local nocturno**, o del **Angulo del Tabarin**: son escenas impresionantes de vida, en las alas de un arte empeñoso y plenamente logrado, a veces con una carga de sátira ligera y, otras, de melancolía impresa. Son variados los motivos del sensibilísimo artista, y responden plenamente los de los observadores dotados de facultades intuitivas.

Por eso, la pintura de D'Aniello se incluye, y permanece, en el vasto campo de la pintura napolitana actual y nacional, como una de las más notables y respetuosas de los cánones del arte verdadero.







ARTISTAS CONTEMPORANEOS: MICHELE D'ANIELLO

Ningún escritor de la historia patria napolitana, de Summonte a Galante, ilustradores de la antigüedad napolitana, ni los críticos contemporáneos han demostrado que en Nápoles, antes que en otros lugares, después del oscuro medioevo, comenzó el resurgimiento del arte: dan fe de ello las pinturas de la gruta de S. Biagio, en Castellammare di Stabia, la no menos famosa sobre la costera amalfitana y la de S. Angelo, en Formis.

¡Cuánto me agradaría que algún erudito escribiera con entusiasmo y arte la historia cumplida por los artistas napolitanos, hasta las glorias de nuestros contemporáneos, para demostrar que, en todo momento, estuvieron en la vanguardia del arte!

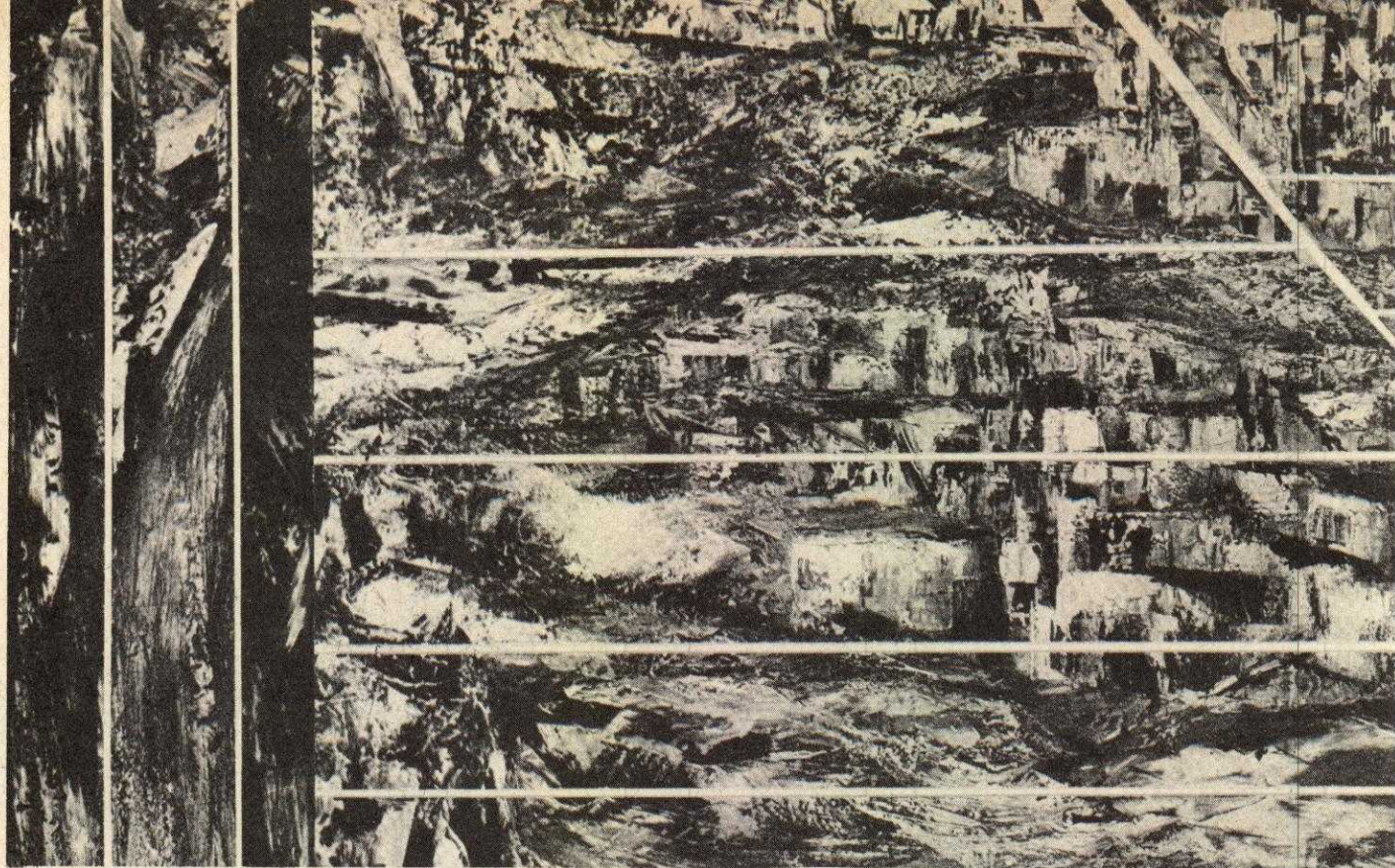
La pintura napolitana ha sido siempre sobria y llena de toda una sinfonía de colores, como su bello sol partenópeo que todo lo dora: bajo este cielo luminoso, perennemente azul y profundo, brillaron Mattia Preti, Salvatore Rosa y Luca Giordano.

Cuando en Florencia y Nápoles se afirmó el impresionismo y se presentaron personas y cosas sin analizar la forma y el diseño, hubo un profundo sentido cromático en la escuela napolitana. Michele D'Aniello se deriva precisamente de los impresionistas napolitanos, aun cuando es un pintor moderno —ofrece un contraste perfecto con la pintura contemporánea, llena de falsas notas

cromáticas y de nudos de líneas— y tanto en sus composiciones, como en sus paisajes y sus marinas, se muestra subyugado por esta tierra luminosa y llena de encanto, sin apartarse de la tradición pictórica.

D' Aniello lleva a una sobriedad extrema los colores y las formas de sus paisajes, para representar rápidamente un sujeto, con pinceladas esquemáticas; pero, en compensación, ¡cuánta riqueza hay en su sobriedad! ¡Cuánto gusto ilustrativo y episódico en sus telas: donde está todo el alma partenópea! Por ejemplo, en "Los siete pecados capitales, Ritmos modernos, Medio desnudo, Boda campesina, etc."

Debe destacarse, junto a su ingenio, su sentido exquisito de los colores, que, sinceramente, despiertan esperanzas para la gloria del arte italiano.



Cuando veas a un hombre bueno, trata de imitarlo cuando veas a uno malo, examínate a ti mismo.

CONFUCIO

A veces los escritores son culpables de "tomar" ideas, e incluso trozos enteros, de las obras de otros escritores. Este plagio, es tan frecuentemente inconsciente que despierta nuestro interés. Al tratar de definir el plagio,¹ encontramos dificultades. Existen varias definiciones, inútiles a nuestros fines, porque sólo tienen en cuenta motivos conscientes, y consideran el plagio como un robo más o menos hábil.

Toda persona con conocimientos analíticos, que se apoye en las enseñanzas de Freud, comprende la parte decisiva que los motivos inconscientes tienen en el plagio. Hay muchas formas de plagio que se producen aun cuando se hayan eliminado totalmente los factores conscientes. Además es muy probable que las razones inconscientes desempeñen en el plagio un papel tan importante como el de los motivos conscientes. Los plagios de este tipo son aún más difíciles de comprender que los totalmente inconscientes.

Por lo tanto, los motivos inconscientes del plagio no nos facilitan una denominación clara del término. No podemos llegar a una definición que justifique las posibilidades de las diversas formas de plagio. Hay que examinar cada caso individualmente, y una de las razones de ello es que hay muchos ejemplos de que la misma idea ha nacido, independientemente, en dos cabezas. Una consideración ulterior, **al juzgar el plagio, razón teóricamente sencilla al parecer, es si el duplicado en cuestión es una readaptación, una modificación, una nueva aplicación del material, o un plagio verdadero.** Frecuentemente, aunque no siempre, la reproducción, palabra por palabra, es indicio de plagio. Por ahora, parece aplicable la definición siguiente: plagio es la adopción como propia de la propiedad intelectual de otro, sin que se cite el origen verdadero. La cantidad de motivos inconscientes

que supone tal robo, varía según el tipo de plagio, pero los motivos inconscientes existen siempre.

Es difícil determinar por qué plagia un determinado escritor, por qué roba ideas y no otra cosa. Si fuera posible analizar centenares de plagiarios, podríamos sacar conclusiones razonables en cuanto a las causas del plagio. En lugar de esto, sólo podemos conjeturar las razones psicogenéticas del plagio, destacando las formas especiales observadas. Las dos docenas de plagios que más tarde enumeraremos representan sólo las conjeturas preliminares. El autor se da completa cuenta de lo incompleto de su material, y comprende que realiza un experimento inicial.

El plagio parece el resultado de una enfermedad, que se da frecuentemente entre las personas que trabajan en los campos de la literatura, la ciencia o el arte.² Por lo tanto, el plagio es un "privilegio" de estas vocaciones, ya que otras personas, aunque lo desearan, no tendrían ocasión de plagiar. El plagio es, evidentemente, una forma de delito, ajustada a la sociedad y relativamente no peligrosa, **cometida por los periodistas, los escritores, los artistas y los científicos.**

La publicidad es esencial para el plagio. Hay que tener un público para plagiar. Un plagio no expresado en público es una **contradictio in adjecto**. Además hemos de considerar que aunque el plagiario, al verse descubierto, se encuentra en una situación difícil, su delito no supone la deshonor,³ como suele ocurrir con la mayoría de los delitos.

Finalmente, el plagio implica la omisión de citar a los predecesores científicos o literarios. **Se espera que todo autor reúna, en los límites de la posibilidad, informes relativos a su material.**



EL PLAGIO

Edmundo Bergler

La edad del plagio es más fácil de determinar que su definición. Probablemente es tan viejo como las producciones artísticas y científicas,⁴ y entre los antiguos existen acusaciones de plagio. Eurípides, por ejemplo, fue acusado por Platón de haber plagiado en sus coros la filosofía de Anaxágoras. El propio Platón fue acusado de plagio por Timón de Lokros, indebidamente, ya que este último fue el que plagió. Perilo Faustino escribió un libro dedicado exclusivamente a los plagios de Virgilio, y Marco Valerio Marcial se burla de los plagiarios:

**Robándome los versos tú poeta te llamas
Y con ello detentas de un trovador la fama.
Y pretendes ser águila dentada
Con piezas de marfil indio compradas;
Así Licoris se reconoce hermosa
Cuando con plomo aclara su piel verdosa.
Puesto que cual poeta así te ensalzan
Rizos postizos adornarán tu calva.⁵**

Al tratar de fijar los límites del plagio, tenemos que considerar, primeramente, que puede decirse que todos plagiamos,⁶ continua y diariamente. Una gran parte de lo que nos parece axioma se podría llamar plagio. Pero no nos creemos plagiarios ya que ciertas opiniones nuestras están aceptadas generalmente, y es indudable que el autor de unas ideas u opiniones queda eliminado en cuanto esas ideas son conocidas y reconocidas.⁷ ¿Cuántos médicos, incluso especialistas, podrían enumerar la media docena de hombres que colaboraron en el descubrimiento de la evolución de la malaria?

Usar en este sentido la palabra plagio, sería ensanchar su aplicación, hasta quitarle su significado. Sabido de todos es que operamos con conceptos ajenos.

Un poeta, Frank Wedekind, ha pintado⁸ el destino de todos los grandes hombres: **Primero se les ignora, luego se les afrenta y finalmente se les plagia.⁹**

En el curso de los últimos dos o tres siglos ha cambiado la actitud hacia el plagio.¹⁰ En tiempos anteriores era peligroso propagar las ideas propias —basta pensar en el peligro de entrar en conflicto con los dogmas eclesiásticos durante la Edad Media. Sin embargo, hoy es odioso el reivindicar como propias las ideas de otro. En la estima de los hombres la originalidad ha ganado mucho terreno.¹¹ Por lo tanto, el plagio parece, definitivamente, más peligroso. Puede declararse que el riesgo del plagiario ha crecido enormemente. La especulación “No me pillarán” es absurda. La gran cantidad de lectores, lo accesible de los diarios, revistas y libros, y el celo de los buscadores de plagios (pág. 216) arrojan un alto porcentaje de culpables.

Además el territorio devastado por el plagio crece continuamente, a despecho de los plagiarios. Qué idílica debía ser la era en que el poeta Florian (1755-94, un favorito de Voltaire) dijo: “En la poesía como en la guerra, lo que se quita a los hermanos es un robo, pero lo que se quita a los extraños es conquista”.¹² Los plagiarios aprovechan las dificultades de descubrimiento —circulación limitada de periódicos y libros, aislamiento de los países.

Así el gran escritor psicológico Stendhal (Henry Beyle) publicó, bajo el seudónimo de L. A. Bombet, su libro acerca de Haydn en el cual plagió al italiano Carpani. Cuando este último protestó, Stendhal le redujo al silencio diciendo que su libro sobre Mozart estaba tomado de



Barelli, aunque el pobre Carpani no se diera cuenta de ello. En cuanto Carpani se dio cuenta del plagio, protestó vehementemente, tanto más cuanto que Stendhal pasaba como propias muchas de las aventuras y anécdotas de Carpani. Carpani sacó en defensa propia voluminosas pruebas: certificados médicos, testimonios de personalidades, etc. ("¿Tuvo mi fiebre en Viena, en el año 1799, y fue curado por la música de Haydn?", así se dirigía Carpani al invisible L. A. C. Bombet). Estas pruebas no le sirvieron de nada, y siguió siendo acusado de plagio. En épocas más recientes, su inocencia fue verificada por Romain Rollan, que comparó ambos libros, página por página, y tuvo que reconocer, tristemente, que **el plagio había sido Stendhal**.¹³

En la clasificación de los plagios de Charles Nodier (*Questions de la littérature légale*) desde el año 1812, se hace una distinción entre los plagios de los escritores del mismo país y los países extranjeros. Esta distinción, es difícil de entender actualmente. Al parecer, **el robo se considera menor cuando se realiza en otro idioma**. El cambio al juzgar el plagio, se esboza más claramente en el prefacio de Lessing a sus escritos, en el año 1753:¹⁴

Al comienzo traté de marcar varios pasajes chicos, a saber, los que no podía llamar míos, porque no podía negar el haber tomado la idea básica de tal o cual autor francés. Sin embargo omití el hacerlo, **ya que las marcas no habrían sido muchas, y además pensé que no tenía importancia para el lector quién era el autor de una idea, en tanto dicha idea le complaciese**.

Hay otras varias opiniones más o menos pesimistas, con respecto a la posibilidad de evitar el plagio. Goethe y la Bryère¹⁵ expresan dicha opinión. Otros autores sustentan opiniones similares. Hallamos igual escepticismo en el ingenioso *aperçu* de un personaje de la obra de Schnitzler, *Weg uns Freie* (refiriéndose a Bielohlawek): **"La ciencia es lo que un judío le copia al otro"**; en la declaración de Sardou, de que sólo hay un cierto número de situaciones dramáticas, que tienen que repetirse indefinidamente; en la *Theorie des Lois Criminelles*, de Brissot, en la cual arguye contra la represión del plagio, a causa de su frecuencia; y, finalmente, en la apología que hace Anatole France del plagio (*Apologie du Plagiat*). Anatole France consideraba plagio al hombre que roba sin gusto. **"Tal escritorzuelo es indigno de escribir y de vivir. Pero si un escritor toma de otro lo que es conveniente y provechoso para él, entonces es un hombre honrado"**.

Y, nuevamente, en *Matinées de la Villa Said*, Anatole France hace decir a uno de sus personajes:

Rara vez los escritores inventan su material. Lo toman y lo aplican de modo nuevo. En realidad, al presente existe la tendencia de subestimar a los genios. Así es la moda. Se trata de llegar a las fuentes de su producción. Sus calumniadores denuncian sus plagios. Sus discípulos fanáticos hacen lo mismo. **Si el pavo real toma algunas de las plumas del grajo y las mezcla con las suyas, no hay nada que lamentar, ya que con esto se ha honrado el grajo**. Y cuando durante veinte años, los enemigos y los creyentes de un culto se han estado esforzando por

su ídolo, al parecer de él sólo queda el polvo. ¿Qué ha quedado de Rabelais, después que sus discípulos han terminado su labor? ¿Y de Cervantes cuando sus admiradores hicieron la suya? ¿Y de Molière? Creo, realmente, que todos ellos siguieron siendo lo que habían sido: unos grandes hombres.¹⁶

Algunos dicen que todo es plagio; otros indican que los grandes poetas han plagiado también; y hay otros que acusan de plagiarios a los que han sido plagiados. Algunos plagiarios asumen una actitud importante; por ejemplo d'Annunzio, cuando le reprocharon el haber plagiado a Peladan en su obra *Il Piacere*. **Las gentes cuyos plagios se basan en motivos puramente inconscientes son inermes; realmente se encuentran en una triste situación ya que nadie cree que sus motivos son inconscientes.**

Así, al tratar de entender el plagio mediante la psicología consciente, se fracasa, como hemos visto. Ello conduce a la suposición errónea de que todos los plagiarios son bribones. **Queda la cuestión de si el análisis puede arrojar alguna luz sobre el problema. Nosotros hemos tratado de demostrar que sí.**

¿Qué conocimientos analíticos se pueden aplicar al estudio del plagio? **Los importantes descubrimientos de Freud, con respecto al inconsciente, a la represión, la identificación, y el sentimiento inconsciente de culpa, son indispensables.**

Con respecto a este problema, el propio Freud (en 1923) indirectamente, declara lo siguiente:¹⁷

Muchos comentarios interesantes pueden hacerse acerca de lo que parece ser originalidad científica. Cuando, por ejemplo, aparece en la ciencia una idea nueva, es decir, una idea que al principio se considera nueva y que, generalmente, se ataca como tal, la investigación objetiva pronto prueba que en realidad no es tan nueva. Generalmente, el descubrimiento ha sido hecho ya, repetidamente, en períodos de tiempo muy separados entre sí, y ha caído en el olvido. O al menos, ha tenido precursores, que la han anticipado vagamente o expuesto de modo incompleto. Esto es perfectamente sabido y no necesita mayor discusión.

Pero el tema del lado subjetivo de la originalidad, merece también ser considerado. Un científico puede preguntarse de dónde vienen las ideas originales que aplica a su material. Puede hallar, sin dificultad mayor, las sugerencias en las cuales se basan parcialmente, los datos que se ha procurado en otras partes y luego modificado y desarrollado. La fuente de otra porción de sus ideas no resulta tan fácil de encontrar. **Se ve obligado a suponer que algunos de sus pensamientos han sido creados gracias a su capacidad mental, aunque no sepa cómo; y en dichos pensamientos basa sus pretensiones de originalidad.** Pero el examen psicológico cuidadoso limita aún más sus pretensiones. Revela fuentes ocultas, largo tiempo olvidadas, de donde han brotado sus ideas, aparentemente nuevas. De este modo resucita lo olvi-

dado y lo aplica a un nuevo tema, la supuesta nueva creación. No hay nada que lamentar: **no tenemos derecho a esperar que la originalidad surja de la nada y presente algo incapaz de una determinación más precisa.**

¹ Con una excepción, sólo se estudian aquí los plagiarios literarios y científicos. Este capítulo es una reproducción, en parte, de una conferencia pronunciada por el autor el 1 de junio de 1932 en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Fue publicada también en *Psychoanalytische Bewegung*, 1932, No. 4.

² Una enfermedad profesional a la que no se considera como enfermedad. Todavía no he oído hablar nunca de un plagiario que quisiera someterse a un tratamiento psicoanalítico por haber plagiado algo, aunque su plagio haya sido descubierto.

³ Rara vez comparece ante los tribunales un plagiario. Sin embargo, cierto número de personas han sido sentenciadas por los tribunales por plagiarías. Generalmente eran plagiarios inconscientes, así que la sentencia era en parte injusta.

⁴ No hay que ir tan lejos como el escéptico que aplicaba la pregunta "¿Qué vino primero, el huevo o la gallina?", al problema del origen de la producción artística y científica y el plagio. Sin duda, el plagio sigue inmediatamente a la producción o, al menos de cerca.

⁵ Citado del Libro I, Epigrama 72 de Marcial. Hay otros muchos, igualmente divertidos, que no he citado aquí por limitaciones de espacio.

⁶ No en el sentido legal, claro está.

⁷ Parece ser que la envidia, el narcisismo ofendido y un mecanismo de defensa, generalmente presente en el inconsciente de todos los hombres (probablemente tiene su raíz en el complejo de Edipo) luchan contra la autoridad y, por consiguiente, contra el reconocimiento de las obras de los hombres importantes citando sus nombres. Por lo tanto, aun cuando se cite a una persona, la cita se hace frecuentemente con referencia a sus contribuciones menos importantes. (Por ejemplo, Pitágoras, que pasa a través de los siglos sólo con el peso liviano de un triángulo.) Y con frecuencia se priva totalmente al descubridor de su descubrimiento. Por ejemplo, América, a la que se puso el nombre por Américo Vespucio y no por Colón.

⁸ Las Cuatro Estaciones, El Otoño, A la Crítica.

⁹ Mir muss die Kritik sich wahrlich
Von den schönsten Seiten zeigen:
Zwanzig Jahr'war sie beharrlich
Drauf erpicht, mich totzuschweigen.
Jetzt nachdem ich totgeschwiegen,
Mich zum Trotz ans Licht gerungen,
Speit sie rastlos giftige Lügen,
Unversieglich Hass durchdrugen,
Einmal wird sie doch verzichten,
Hilft ihr nichts, mich zu vernichten,
Wird sie mich dann —bestehlen.

¹⁰ Me refiero a nuestra civilización. En otras civilizaciones el pueblo comentaba y no plagiaba, así que el plagio no existía.

¹¹ Naturalmente, aun hoy mismo, existen círculos donde el ser cupidus rerum novarum es un reproche.

¹² En poésie, comme à la guerre, ce qu'on prend à ses frères est vol, mais ce qu'on enlève aux étrangers est conquête.

¹³ Para más detalles, véase *Le Livre des Plagiats*, por Georges Maurevert, Paris, Arthème Fayard et Cie., pág. 157. Todo el restante material de referencia de la literatura francesa fue tomado también de este libro. El libro en sí es una colección de plagios de los siguientes autores:

Montaigne, Pascal, La Rochefoucauld, Corneille, La Fontaine, Racine, Molière, Voltaire, Diderot, Delille, Chateaubriand, Lamartine, Vigny, Balzac, Stendhal, Hugo, Musset, Baudelaire, Sardou, Anatole France, D'Annunzio, Rostand, Jean Larrain, etcétera.

Su estilo es folletinesco más que científico, y presenta el plagio como una especie de estafa, como en la teoría mencionada al comienzo de este capítulo. El problema científico del plagio se convierte en este libro en una especie de deporte que tiene por fin descubrir a los plagiarios antes que descifrar sus motivos.

¹⁴ Los plagios de Lessing fueron severamente criticados por Paul Albrecht. En 1891, Albrecht comenzó a publicar una obra en diez volúmenes titulada *Los Plagios de Lessing*. (Sólo se publicaron seis volúmenes; Albrecht se suicidó antes de terminar la obra). En ellos, llamaba a Lessing un "plagiomaniaco" y declaraba que todo lo que escribía Lessing era un plagio. Para más información véase *Zur literarischen Plagiatfrage*, de Bobrzynski, 1898.

Voltaire tuvo una experiencia similar a la de Lessing. (M. L. Mayeul Chandron. *Des Plagiats de Voltaire, ou Des Imitations de Quelques Pieces de Divers Auteurs que ce Poète s'est permises*, 1814, en el Volumen 11 del *Bulletin Polymathique de Bordeaux*.)

Virgilio fue también un plagiario. Chateaubriand dice, hablando del tema:

Los Argonautas de Apolonio de Rodas, Medea de Eurípides, La Guerra de Troya, de Quinto de Esmirna (esta es la opinión de Laserna), fueron saqueadas por Virgilio... Perilo Faustino reunió todos los hurtos de Virgilio en forma de libro. Octavio Avito compuso varios volúmenes exclusivamente de versos y pasajes de distintos autores plagiados por el gran poeta. Es universalmente conocido que Virgilio tradujo a Homero, pero ignoramos hasta qué punto esto es realmente cierto. Si fuéramos a buscar las imitaciones, pluma en mano, creo que no quedarían ni veinte versos sucesivos del original, no sólo en la *Eneida*, sino también en las canciones bucólicas. ¿Qué significa todo esto en contra de Virgilio? ¡Nada en absoluto!

¹⁵ "Tout est dit, et l'on vient trop tard depuis plus de sept mille ans qu'il y a des hommes..." (La Bruyère.)

"¿Pues qué sabiduría o qué locura
No ha sido con frecuencia imaginada
En época pasada?"
(Mefistófeles, en el II Acto del Fausto de Goethe.)

¹⁶ Otro autor —D'Acelly— opina:

Dis-je quelque chose assez belle?
L'antiquité toute encervelle
Pretend l'avoir dite avant moi.
C'est une plaisante donzelle!
Que ne venait-elle après moi?
J'aurais dit la chose avant elle.

Paul Scarron (1610-60), que fue plagiado por Molière, encontró un amargo consuelo en burlarse de sí mismo cuando plagiaba a su vez:

Ces vers sont ici d'importance
J'ai fort bien fait de les voler!

L'Almanach des Muses de 1791, ofrece lo siguiente:

Quoi qu'en disent certain railleurs
J'imité y jamais je ne pille.
Vous avez raison, monseigneur Drille,
Vous imitez... les voleurs!

Y Cyrano de Bergerac dice con seco humorismo:

Si nuestro amigo nos roba las ideas, esa prueba que nos estima: no se las robaría si no pensara que eran buenas. Hacemos mal en enojarnos, pues, a falta de hijos propios, adopta los nuestros.

El gramático Elio Donato (siglo cuarto de la era cristiana) arregla la cuenta pendiente con sus predecesores del modo más simple:

Que perezcan los que dijeron nuestras cosas buenas antes que nosotros.

(Percant illi qui, ante nos, nostra dixerunt.)

¹⁷ Josef Popper-Lynkeus y la Teoría de los Sueños. *Gesammelte Schriften*, XI, 295.

Tomado de: *Psicoanálisis del Escritor*. Editorial Psyche. Buenos Aires. 1954.

* * * "¿Pues qué sabiduría o qué locura
No ha sido con frecuencia imaginada
En época pasada?"

* El plagio parece el resultado de una enfermedad,
que se da frecuentemente entre las personas que trabaja-
n en los campos de la literatura, la ciencia o el arte.

* Algunos dicen que todo es plagio;
otros indican que los grandes poetas
han plagiado también...
acusan de plagiarios...
a los que han sido plagiados.

! motivos inconscientes ?
! motivos inconscientes ?

Es difícil determinar por qué plagia un determinado
escritor, por qué roba ideas y no otra cosa.

* Anatole France consideraba plagiario al hombre que roba sin gusto.

JAIME EYZAGUIRRE

Hay en Jaime Eyzaguirre, historiador de América y caballero cristiano, entre su vida y su obra, sin que se lo propusiera, una estrecha unidad, pues los valores que él encarnaba, en los que creía y por los que se desvivía, son los mismos que encuentra en la Hispanidad toda.

Hizo historia científica, ajustada a la más rigurosa metodología, pero tratando de escapar, en lo posible, a fatigosas citas. Era un erudito, pero escribía para que lo leyese todos. Su estilo es uno de los raros ejemplos de que la exposición histórica no tiene por qué estar reñida con la buena literatura. Leer su O'Higgins, por ejemplo, es solazarse con narraciones y descripciones de una pluma verdaderamente singular. Libro, éste, de los que se leen de un tirón y que luego se releen.

Una vez practicada la compulsiva documental y cerciorado de cuál era la verdad, se identificaba con ella y la sostenía con ardor. No podía caer en el mismo defecto de los clásicos chilenos del siglo XIX, un Barros Arana o un Amunátegui, a quienes criticó el relato "monótono", "...reforzado por fríos y severos documentos", en que fincaban una objetividad, a menudo, sin embargo, comprometida. Cuando se escribe movido por íntimas pasiones, de nada vale la frialdad y monotonía del relato, "...afluyen con periodicidad las emboscadas pasiones del inconsciente", la causa resulta fallada antes de consultar los documentos, "...y cuando éstos se agrupan sólo sirven para justificar una intención preconcebida".¹

"La obra de Barros Arana, por su extensión y minuciosidad —dice—, quedaría relegada a la lectura esporádica de los especialistas. Pero sus moldes doctrinarios iban a ser trasladados exactos a la enefianza y por medio siglo nadie se atrevería a discutirlos. Generaciones tras generaciones serían educadas en la creencia de que la verdadera historia de Chile sólo había comenzado en 1810, en que los ideales de la revolución francesa prendieron en los espíritus para disipar en ellos las tinieblas del fanatismo".² Contra esas enseñanzas reacciona Eyzaguirre, demostrando que "la Patria libre no es una extraña flor brotada de súbito y capaz de explicarse por sí misma", sino que ella tiene "...su lengua raíz que se clava en la hondura hasta encontrar con el día lejano en que por vez primera voces españolas... se hicieron oír en el aire de América". Entonces les llegó a las mil razas autóctonas, dispares e inconexas, el telar donde una y otra pudieron unir al fin sus hilos solitarios en una trama armónica y común".³ En ese instante tiene principio la historia de esta "América bárbara y cristiana... una y doble, paradójica y armoniosa, tierra de batalla perpetua, de perderse y recobrase, de vivir eternamente muriendo... La América de la angustia, del agonizar sin límite, la América nuestra, india y española, que busca sin descanso su definición en lucha consigo y los demás".⁴

Reconoce que "Ibero-América ya no es España", pero hace notar que "...sin ésta, aquélla no habría existido". En efecto, "¿qué vínculo ligaba a las tribus, qué solidaridad geográfica, aparte del nexo lugareño, se advertía en ellas antes que el español viniera a dárselas,

fundándolas a todas en el común denominador católico y cultural? Por eso lo español no es sólo un elemento más en el conglomerado étnico. Es el factor decisivo, el único que supo atarlos a todos..."⁵

Los grandes historiadores chilenos del siglo pasado, como Diego Barros Arana y Miguel Luis Amunátegui, se vieron en la necesidad de "importar el espíritu de libertad" para dar sentido a la gesta de la emancipación. Buscaron "...en las teorías de Rousseau y Montesquieu el impulso que justificase los hechos que acompañaron a la independencia americana",⁶ cuando es algo que viene desde lo más hondo de nuestra propia cultura.

En efecto, "el español que a lo largo de los siglos XVI y XVII atravesó el Atlántico para instalarse en las nuevas tierras de América, poseía un acervo de principios políticos, perfectamente estructurado, que podía además exhibir una larga y bien fundada genealogía". Se remonta a San Isidoro de Sevilla, en cuya concepción política encuentra dos elementos bien definidos, el rey y el pueblo. **El poder del monarca tiene su origen en Dios y el pueblo tiene por ello la obligación de acatar su autoridad.** Este último es considerado por San Isidoro como "...una multitud humana asociada por consentimiento de derecho y por común acuerdo". De donde se desprende que "en el derecho divino y en el derecho humano descansa la estructura del Estado". "El que se alza contra el rey legítimo y usurpa el trono, incurre en el anatema de la Iglesia, e igual cosa sucede al monarca que se revela contra la ley y se transforma en tirano". Sigue la evolución de la concepción política isidoriana en la Alta Edad Media hasta empalmar con los tiempos modernos, donde la teoría "halla en los tratadistas de la época, particularmente en los jesuitas Francisco Suárez y Luis de Molina, eximios expositores, que desarrollan y ahondan las viejas doctrinas insinuadas por San Isidoro y expuestas por los escolásticos medievales". Luego de explicar el pensamiento de Suárez, Molina y Mariana —para quienes "...la potestad soberana descende de Dios al titular al través del pueblo y por su libre consentimiento"— se ocupa de la bula *Inter Caetera* y el Tratado de Tordesillas, destacando que "...las Indias quedaron unidas a la corona de Castilla y no al reino o comunidad...", constituyendo "...un bien de realengo es decir, un dominio público de la monarquía, sometido directamente a la corona y que no puede ser enajenado o entregado a otro señorío". **Tampoco estaban las Indias en situación de inferioridad con las provincias peninsulares, no eran consideradas colonias, al punto de titularse Felipe II, "Hispaniarum et Indiarum rex".** Por otra parte, no consideraron los reyes suficiente título la donación pontificia y demandaron "...la adhesión voluntaria de sus nuevos súbditos", ejercitando "la tradicional doctrina hispana de que el poder emana como fuente inmediata del pueblo". Este es el sentido que se debe dar al aparentemente ingenuo "requerimiento".

La vieja doctrina aflora igualmente en los cabildos. Innumerables ejemplos pueden sacarse a relucir para corroborar este aserto y Eyzaguirre trae a colación varios.

Con el advenimiento de los Borbones al trono de

España, la "...doctrina política nacional, que concibió el Estado como el engarce armonioso de dos elementos dispares: la corona y el pueblo, va cediendo paulatinamente su sitio a la teoría francesa de la divinización de la autoridad real. Ahora el monarca recibe directamente de Dios el poder sin mediación alguna de la comunidad". Los Borbones, sin preocuparse por disquisiciones intelectuales, se esfuerzan por llevar a la práctica las dos fórmulas del despotismo ilustrado: "Todo para el pueblo, sin el pueblo" y "El Estado soy yo".

Bajo el reinado de los Austrias, las Indias se sentían unidas a la metrópoli por vínculos espirituales, un común afán misional y de lucha contra las herejías. Por el contrario, "en el siglo de la razón, la política a lo divino ya no encontraba cabida y el pragmatismo con que quería sustituirla dejaba fríos los corazones y sin impulso a las voluntades. Sólo un estímulo producía aún eficacia y era capaz de ligar en un haz a españoles y americanos: el culto a la majestad real". Y se pregunta: ¿Qué quedaría en pie el día en que éste fuera removido?

En 1808 la situación se plantea. La prisión del rey legítimo trae como consecuencia el levantamiento popular. Se organizan juntas dispersas que acaban por reconocer una Junta Central. El poder, pues, ha revertido al pueblo, que lo administra según su leal entender. La doctrina tradicional de la hispanidad ha salido a flote. "Por singular ironía del destino, la filosofía política que combatieron Carlos III y Carlos IV iba a transformarse en el sustentáculo de los derechos al trono de España de su descendiente, y la comunidad, al recoger el poder, vino a crear de inmediato las autoridades que ejercerían el mando en nombre del rey cautivo y le conservarían la corona".⁷

Eyzaguirre pulió su estilo en el sentido de expresarse con el menor número posible de palabras. Sus biografías —obras maestras en el género— son, quizás, las que nos ofrecen más abundante cantera de ejemplos, abriendo en cualquier página, sin necesidad de espigar demasiado. Veamos la primera página del capítulo I de su biografía de Valdivia:

"Cada piedra es como un instante que se roba a la fuga del tiempo. Cada arcada, una oscilación anudadora de lo ya ido y lo que adviene. Cada labra heráldica, una leyenda de caballería. Cada portal, el regazo que abraza la unidad de la historia".

"Vientos de imperio se cuegan por torreones y palacios, por cortijos y tierras de labranza. La Providencia se ha hecho española. Una cruz y una espada, un corazón y una voluntad de salvación y poderío, lo mueven todo, lo llenan todo. Y hay que prolongar la vida. Y hay que matar el tiempo, ese limitador de la empresa del hombre. Hay que atrapar un trozo de eternidad y afirmarse en un presente sin orillas".⁸

Y en otra página: "Valdivia está adelante y pronuncia palabras de promesa. El primer templo que se alzare en la tierra de Chile será para honrar la Asunción de María y la primera ciudad erigida llevará el nombre del Apóstol Santiago. Y mientras barrocas columnas de incienso

anudan bóveda y suelo, parece una vez más afirmada en el escueto grupo esa voluntad de espada y cruz que es el trasunto de toda empresa española".⁹

Chile en el tiempo, una publicación de 16 páginas, en las que resume la historia de su país desde la conquista hasta la actualidad. Son pinceladas, contadas líneas de pura sustancia.

El poder de síntesis es notable en todas las obras de Eyzaguirre, pudiendo decirse que formaba parte de su estilo. Está presente en un artículo periodístico, como lo está en su Historia de Chile que dejara inconclusa. Además de su erudición, de su versación histórica, de su facilidad de síntesis, cabe destacar su exposición limpia, pulida, sin afectación. Por algo llegó a ser miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

La tarea cumplida por Eyzaguirre, en Chile, es comparable a la de Vasconcelos, en Méjico. Reivindicación de la tradición hispánica, idéntico sentido de la nacionalidad, semejante pasión por aprehender el ser de América. Su voluntad para investigar y esclarecer está sostenida por el amor intenso que profesa a la tierra natal:

"Yo creo todavía en el destino propio de mi América Hispana. Y no rehuyo el dolor, ni siquiera la afrenta que nos pueden sobrevenir y ya nos sobrevienen. Porque para nosotros se ha escrito un porvenir abierto:

"Se nos debe en justicia
la luz por el dolor
y el dolor se hará estrella..."¹⁰

Paseando, en una ya lejana tarde de domingo, por calles de su Santiago, junto a Alberto Wagner de Reyna y Arturo García Astrada, nos dijo en son de ironía: "Por mi apellido pertenezco a la aristocracia, por mi profesión a la clase media y por mi sueldo al proletariado". Yo daré a esta expresión la siguiente aplicación: Podía alternar en cualquiera de las tres clases, comprender e identificarse con los humildes.

Es aplicable a su existencia misma aquella frase que trae en Ventura de Pedro de Valdivia, con la que abre y cierra el libro:

"La muerte menos temida da más vida".

⁷ Ideario y ruta de la emancipación Chilena, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1957, p. 15 y ss.

⁸ Ventura de Pedro de Valdivia, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, 1946, p. 17.

⁹ Ibid., p. p. 52-53.

¹⁰ Hispanoamérica del dolor, en Estudios, cit., p. 34.

Tomado de: Humanitas. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán. Año XV 68-69.



¹ Fisonomía histórica de Chile, Editorial del Pacífico, S. A. Santiago de Chile, 958. p. p. 131-132.

² Ibid., p. 134.

³ Ibid., p. 7.

⁴ Hispanoamérica del dolor, en Estudios, Santiago de Chile, Año XXV, N° 255, Segunda Epoca, Enero-Marzo 1957, p. p. 7-8.

⁵ Ibid., p. 10.

⁶ Congreso Hispanoamericano de Historia, Causas y caracteres de la Independencia Hispanoamericana, Ediciones de cultura Hispánica, Madrid, 1953, p. p. 222-223.

REFLEXIONES EN TORNO AL NACIONALISMO MEXICANO

Pocas personas se atreven a tocar el fenómeno guadalupano con la objetividad histórica, el afán científico y la claridad exegetica con que lo hace Francisco de la Maza en su opúsculo **Los Evangelistas de Guadalupe y el Nacionalismo Mexicano**; ni tampoco hay quien interprete ese querer ser, esa búsqueda de la autenticidad, ese deseo de pertenencia del criollo mexicano del siglo XVII, que hablaba español, tenía costumbres peninsulares, pero que ya se diferenciaba de sus hermanos de España quizá por la nueva aportación que le había dado este continente a su cultura, y por su individualismo que lo llevaba a querer ser original, diferente.

Empezamos por observar que, tanto en las leyendas religiosas de indios y de españoles, se habla de apariciones: al apóstol Santiago, a fuer de creer en él, lo veían entrar en batalla los conquistadores a pesar de las declaraciones sanchopancescas de Bernal. A los aztecas se les aparecía Tezcatlipoca reencarnado en un borracho para augurarle nefastos acontecimientos a Moctezuma. En consecuencia, el mexicano —hijo al fin de estas dos culturas— no podía dejar de tener la propensión antropomórfica de sus antepasados, no porque la haya heredado genéticamente sino porque le fue transmitida por educación.

Después de la Conquista vino la consolidación religiosa, obra esta tan bien cimentada que México dejó de pertenecer a la Corona española hace ciento cincuenta años, pero obviamente siguió apegado al dominio religioso de Roma.

¿Qué tuvo que ver la Iglesia con el incipiente nacionalismo criollo? Soy de la opinión de que la Iglesia, fiel a sus doctrinas cristianas, fue la primera en hacer resaltar el sentido de protección al débil, o sicoanalíticamente hablando, el **gesto mágico** positivo del pueblo criollo hacia el indio. Cuando Valladolid señala: "La virgen buscó a Zumárraga en su obispado pintada en la manta de un indio, en esto se ve que los prelados deben buscar, **amar y estimar a los naturales pobres y despreciados** de su obispado". A lo cual exclama De la Maza: "¡Qué magnífico compromiso para la mitra archiepiscopal de México!" En realidad existía un compromiso entre la Iglesia y los débiles puesto que los débiles fueron los que dieron fuerza política a la Iglesia en sus albores, y aunque España le abrió la brecha a Roma, ésta —si bien es cierto que no predicó en contra de la Conquista— también lo es que pronto se tuvo que poner del lado de los conquistados. **Este identificarse con el vencido, creó en la mente del mexicano la idea de que los romanos habían sido a los cristianos lo que después vinieron a ser los españoles a los indios**; y esta forma de pensar es la que dio un impulso esencial al avanzado nacionalismo notable en los escritores de la época. De la Maza lo capta: "La Nueva España está dejando de ser **Nueva** y de ser **España** en esta segunda mitad del siglo XVII y pugna por una nacionalidad propia y diferente de la vieja España (...). A esto, precisamente, llamamos nacionalismo".

El fenómeno religioso-sicológico de identificación masoquista con el vencido, no tardó en dar sus resultados y los héroes romano-españoles fueron trocados por

los azteco-cristianos. Nos dice De la Maza: "Carlos de Sigüenza y Góngora el **erudito barroco**, cuando le fue encomendada la erección de un arco triunfal a la llegada del virrey Conde de Paredes (1680), no recurrió al tema eterno, al clásico, sino que ideó un **Teatro de Virtudes Políticas que constituyen a un Príncipe advertidas en los Monarcas antiguos del Mexicano Imperio con cuyas efigies se hermoseó el Arco Thriunphal**. . . , es decir, que eran Tizoc y Axayacatl, Moctezuma y Cuauhtémoc quienes daban el ejemplo de nobleza y de **virtudes políticas** y no el repetido Julio César o el manoseado Carlos V".

Otro caso lo tenemos con Sor Juana Inés de la Cruz en la loa de su auto sacramental El Divino Narciso, en el que, nos dice Pfandl: "...hay una sangrienta batalla entre los nativos mexicanos y los conquistadores españoles, quienes huellan con sus pies el país. Los primeros luchan únicamente con flechas; los segundos, por el contrario, con armas de fuego y caballos. Se presentan ante los mexicanos como gentes misteriosas y trasgos de un mundo subterráneo".

El evangelista Miguel Sánchez al buscar un paralelismo entre la aparición de la virgen con algunas citas del Viejo Testamento, parece buscar un avenimiento entre vencedores y vencidos. Nos dice De la Maza: "Con San Miguel y sus ángeles se le va la pluma y tiene que compararlos con Hernán Cortés y sus soldados, que luchan con el **dragón de la mentira** y hacen posible la aparición de la mujer, de la virgen". Y luego, dentro de este paralelismo le pone las alas del águila del nopal a la **Sagrada criolla** con lo que "comienza esa conjugación íntima del águila y la virgen que ha hecho de Guadalupe un emblema nacionalista mexicano", que aunque deje de afirmarlo De la Maza tiene un fondo religioso, pues toda política normalmente se apoya en la religión, o en el espíritu religioso del pueblo como una forma de afianzar su autoridad. Al respecto nos dice Rudolf Rocker: "...la causa más profunda de todo sistema de dominio (...) de toda política, en última instancia, es religiosa y como tal pretende mantener al espíritu del hombre en las cadenas de la dependencia. (...) Todo sistema de gobierno, sin diferencias de forma, tiene un cierto carácter teocrático". (Nacionalismo y Cultura. Iman. Buenos Aires).

Parece lógico que a través de la Historia, la política, espúrea al fin, se haya tratado de apoyar en la religiosidad de los pueblos. Los hombres suelen tener un sentido de dependencia ante un poder superior. Este sentirse depender, este creer en una fuerza todopoderosa es la religiosidad, entonces pues, el hombre o el partido que llega al poder se tiene que apoyar o revestir de cierta autoridad mística para mejor hacerle sentir su espíritu de dependencia al pueblo. Si bien es cierto que el Estado no puede invocar su "derecho divino" y llamar a creencias extraterrenas, su absolutismo aparenta una fuerza incontrastable en la mente del ciudadano que religiosamente lo llega a ver como a su Dios, a través, claro está, de un proceso sugestivo, o sea, de una inducción.

Recordemos cuando dijo Hamurabi, rey babilonio, que los dioses lo habían invocado para que "haga justicia en la tierra, extirpe a los malos y a los perversos, impida a los fuertes oprimir a los débiles, etc." En Egipto el faraón o rey de sacerdotes, era tratado como una divinidad pues era el representante de Dios sobre la tierra. En Tenochtitlan el Uei-Tlatoani, además de rey, era el sacerdote supremo y el indicado, en última instancia, para descifrar los mensajes de los dioses. Fue Alejandro el primer príncipe europeo que se hizo venerar a la usanza oriental haciéndose llamar descendiente de Zeus-Amón. Cuando Julio César se hizo dictador de Roma pronto declaró a Venus antepasada suya e hizo colocar su propia imagen entre los dioses inmortales de la **pompa circencis**. San Isidoro de Sevilla fue claro al decir que el poder del monarca tenía su origen en Dios y el pueblo tenía por ello la obligación de acatar su autoridad. En Napoleón I fue notorio su deseo de predominio universal con ayuda del Papado, así como también lo fue para Robespierre en su República, quien para no dejar dudas envió a la guillotina a los hebertistas. El anticlericalista Garibaldi no por eso dejó de ser religioso al empezar a estructurar con Mazzini la política de su nuevo Estado, pues su lema era: "Dios y Pueblo". Más tarde Mussolini, para fortalecer sus ambiciones imperialistas, habría de devolverle al Papado todos los privilegios que se le habían arrancado durante la unificación de Italia. Por último nos dice Rocker: "Los dirigentes de la revolución rusa se encontraron con una Iglesia tan plenamente identificada, mejor dicho, unificada con el zarismo, que fue imposible una transacción y se vieron obligados a reemplazarla por algo distinto. Hicieron del Estado colectivista un dios omnisciente y omnipotente, y de Lenin su profeta. Murió éste oportunamente y fue canonizado enseguida. Su retrato sustituye al ícono, y millones peregrinan hasta su mausoleo en lugar de acudir al relicario de algún santo". Recordemos a Riaño, durante la revolución de 1810 previniendo que la intervención del cura Hidalgo en la revuelta era mil veces más peligrosa que la de Allende.

Volvamos a los evangelistas. Lasso de la Vega, no busca un avenimiento entre conquistadores y conquistados —como trató de hacerlo Sánchez— sino que su identificación con el vencido es tal que su relato lo hace en nahuatl "para que vean los naturales y sepan en su lengua cuánto por amor a ellos hiciste..."

Muy interesante también es lo que observa De la Maza del evangelista Becerra Tanco que "muy patriota se apresura a decirnos que la virgen dio su imagen a Juan Diego" **para que no viniese de afuera**. Esto nos da una idea de la necesidad imperiosa que tenían los criollos ya identificados psicológicamente con los indios, de tener una imagen propia, una imagen americana. Este ferviente deseo era una conducta pseudoagresiva: "No es verdad que seamos pasivos, al contrario ya tenemos una virgen propia que nos defiende como a los vencedores". Recuérdesse la devoción que le tenían los conquistadores a sus imágenes a las que les habían atribuido sus victorias. En la mente del indio existía el deseo de tener una imagen, pero no la que había ayu-

dado a los vencedores, sino una que exclusivamente lo protegiera a él. Zumárraga es muy probable que haya observado esta necesidad en la población indígena cristiana, que después los criollos y mestizos habrían de sentir por igual, de hacer suya, por lo que ya explicamos.

Pasa a estudiar De la Maza al evangelista Florencia que: "...en gran plan mexicanista llega su hermosa audacia a afirmar que la virgen se pintó para seguir la costumbre indígena de los geroglifos, haciéndose ella misma una especie de códice para la fácil comprensión de sus hijos indios". Es Florencia con quien más se siente el deseo de posesión, de privilegio: **quien hable con sinceridad no quite a México la gloria de ser suya como aparecida en sus casas arzobispaes, como aparecida en una manta suya con los colores que dieron las rosas de su país, que son suyas...**

¿Cuándo empezó a sentirse la nacionalidad mexicana? De la Maza siente ese nacionalismo en la segunda mitad del siglo XVII, como ya dijimos, pero lo que vemos en su ensayo es el fenómeno de consolidación religiosa de ese nacionalismo, pues **fácil es observar en esta época que la doctrina cristiana había inducido a las nuevas generaciones a identificarse con los vencidos, los débiles, los perseguidos, los mártires.** Es pues este un nacionalismo religioso, que habría de crear la conducta ambivalente de muchos mexicanos, que entonces empezaron a no tener una idea clara de su personalidad. En Clavijero encuentro tres actitudes diferentes: Reconocimiento a los conquistadores "Pero Dios los conservaba para instrumento de su justicia sirviéndose de sus armas para vengar la superstición, la crueldad y los otros delitos con que aquellas naciones habían provocado por tanto tiempo su indignación". En otra parte de su historia nos dice en primera persona plural: "El que hizo aquella hazaña se llamaba Montaña (...) constando en **nuestros historiadores nacionales**, Herrera, Torquemada y otros". Aquí encuentro yo que tenía un sentido fraternal para con los historiadores de habla española. Luego se identifica con la adversidad de los vencidos: "Los mexicanos, con todas las demás naciones que ayudaron a su ruina quedaron, a pesar de las cristianas y prudentes leyes de los Monarcas Católicos, **abandonados a la miseria, la opresión y el desprecio, no solamente de los españoles sino aún de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes,** vengando Dios en la miserable posteridad de aquellas naciones la crueldad, la injusticia y la superstición de sus mayores. Funesto ejemplo de la Justicia Divina..."

Frejes que cita a Clavijero y a Humboldt vive la Independencia de México y por lo consiguiente se identifica completamente con los vencidos: "Sí, fue éste el único paso que siguieron nuestros ascendientes, y para transmigrar a ellas de las partes de la Asia..." Su sentimiento de pertenencia le hace, como a tantos otros, dudar de la historia: "En opinión de algunos autores Hernando Cortés fue el conquistador más político y humano que vino a la América, y por lo que sabemos de la historia sobre las hazañas de este jefe, ya se podrá inferir cuáles serían los demás..." Su gesto mágico positivo, como el de todo religioso es evidente: "Admira

de verdad al pasar por estos sucesos, la docilidad y carácter de las naciones indígenas, dignas de mejor suerte de la que tuvieron por trescientos años". Cuando habla de los indios de Nochistlan dice: "Estos imperterritos defensores de su patria se rindieron porque les faltó el agua..." Y para confirmar que Roma ya se basaba a sí misma nos dice: "La historia de Mota Padilla, que tengo a la vista, dice que Santiago se apareció en el Mixton matando indios. No es la primera vez que los conquistadores ocurren a la intervención de los santos, para cohonestar y autorizar sus crímenes. ¿Qué tenía que hacer Santiago con los inocentes indígenas que solamente se defendían de una agresión injusta?"

Estos ejemplos nos pueden demostrar cómo la doctrina religiosa cristiana fue transformando el pensamiento de la mayoría de los mexicanos a tal grado que lo convirtió para el siglo XIX en una cosa que al asomarse Prescott a la historia mexicana observó de inmediato: "Sin embargo los que meditaron este ultraje no fueron los descendientes de Moctezuma vengando los que se habían hecho a sus antepasados y vindicando los derechos de su legítima herencia, sino **los descendientes y paisanos de los mismos conquistadores cuyos únicos títulos al país no pueden ser otros que los de la Conquista**".

Pocos años antes el pseudohistoriador Carlos María Bustamante quien en su suplemento a **Los tres siglos de México** de Cavo, se jactaba de que "todo hombre racional examina antes de decidir", cuando relata la entrada del ejército Trigarante a la ciudad de México, nos dice: "Las sombras de los antiguos emperadores mejicanos parece que salieron de sus tumbas del real panteón de Chapultepec para preceder al ejército de los **libertadores de sus nietos**". Y al relatar la interpelación que hizo el padre Belaunzarán por los inocentes en Guanajuato ante el conde de la Cadena exclama: "¡Tanto es el poderío de la voz de la religión empleada oportunamente!" Con estos ejemplos se demuestra su religiosidad y desviación masoquista.

Creo, como una necesidad impostergable, que nuestros eruditos ahonden en el hecho de cómo fue el cristianismo formando el nacionalismo indigenista hasta transformar la idiosincrasia de un hombre hispánico como lo es el mexicano. Quizá al reflexionar sobre esta metamorfosis, observarán que el movimiento liberal mexicano no sólo fue una reacción anticlerical sino una antítesis religiosa, puesto que su conformación fundamental tiene ciertos visos religiosos, claro está, además de los políticos. Ciertamente es que nuestras grandes figuras son en realidad mártires y no héroes, en su gran mayoría. La disciplina del partido emanado de ese movimiento sólo es comparable con la jerarquía clerical, y la elección para la más alta magistratura es interpartidista como lo es intercardenalicia la del pontífice romano. Además, no es ningún secreto que tenemos una dogmática estatal que en ocasiones se hace tan intolerable como la bíblica. Al respecto nos dice Rucker: "Pero aun en los países donde la separación de la Iglesia y el Estado se ha operado públicamente, las relaciones internas entre el poder temporal y la religión como tal no

han experimentado modificación de ninguna especie. Sólo que los actuales representantes del poder pretenden concentrar directamente el instinto religioso de veneración de sus ciudadanos en el Estado para no tener que compartir ese poder con la Iglesia”.

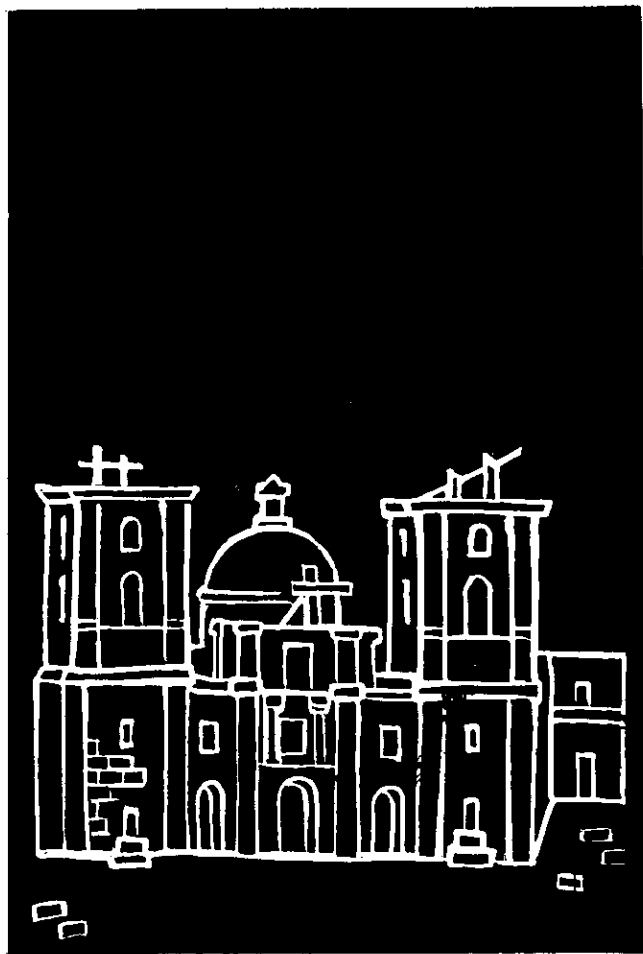
Ahora, si por **nacionalismo** entendemos el apego de los naturales a una nación y a cuanto a ésta le pertenezca, creo que el nacionalismo mexicano tuvo que nacer en los corazones de los primeros españoles que hicieron su historia en estas tierras. El “yo soy yo y mi circunstancia” de Ortega, se puede aplicar en todos los casos de los conquistadores y misioneros que en la Historia no tendrían su nombre escrito para eterna memoria, si no fuera por su circunstancia: México. Fueron estos insignes varones los que pusieron la primera piedra del edificio de nuestra nacionalidad, siendo sus descendientes los que hicieron todos los movimientos políticos de significación. Uno de estos movimientos fue el de los primeros criollos y mestizos sobre lo que nos dice Francisco González de Cosío: “El año de 1542 los mexicanos, hijos de los pobladores primitivos y de los que vinieron de España, protestaron hasta hacer nugatorias las llamadas Leyes Nuevas, que expidió el gobierno español con el propósito de limitar los derechos de esas gentes, nacidas en México y sintiéndose mexicanos, tenían o sentían tener sobre las tierras que sus padres poseían o adquirieron con anterioridad. Desde entonces comenzó a distinguirse lo mexicano de lo español, el nacido en América del advenedizo llegado de España”. Si **natural** es el originario de un pueblo o nación, ¿qué otra cosa era Martín Cortés y Ramírez de Arellano? que “...en unión de sus amigos promovió una revolución con el propósito de alzarse con la tierra, sobre la que sentían tener derechos adquiridos por haber visto la primera luz en ella. Un claro sentimiento de nacionalidad presidió la revuelta y en la documentación de la época aparece con nitidez la justificación del movimiento, que fundaban precisamente en el hecho de considerarse naturales de un nuevo país”, nos dice González de Cosío en su discurso **Verdad (Francisco Primo de) y la Nacionalidad**.

Pero ese sentirse diferente ¿acaso nada tuvo que ver con el personalismo, particularismo y separatismo tan característicos en el hombre hispánico? Surge la duda de que los Cortés y los Avila hayan hecho un movimiento particularista y no nacionalista, mas hay que reconocer que el nacionalismo no es otra cosa que el personalismo, particularismo y separatismo a un mayor nivel, y que aquel movimiento fue nacionalista en tanto que muchas personas nacidas en estas tierras ya se sentían diferentes de los peninsulares y estaban apoyando moralmente a los insurrectos. He aquí la razón por la cual los Avila fueron castigados en forma ejemplar. En el Acta de Cabildo del 2 de marzo de 1566 se demuestra que los criollos tenían la fuerza política, no así la pública: “Se recibió información de que los vecinos reunidos en la casa del marqués del Valle, el 1° de marzo, acordaron nombrar a Juan Velázquez de Salazar, regidor para que pida en la Corte el repartimiento perpetuo”.

Lo cual acordó el Cabildo en siguiente acta que era “contra la preeminencia de la Ciudad el nombramiento hecho por los encomenderos”.

Por todo lo antes expuesto, creo que el nacionalismo mexicano, latente desde los primeros días de la Conquista, se vigorizó al impregnarse de guadalupanismo. De la Maza observa que “el único que habla de Guadalupe como un milagro es el criollo Juan Suárez de Peralta, y a eso de paso y por casualidad”. Este sobrino político de Hernán Cortés es importante que haya hablado del milagro aunque fuera de soslayo, puesto que dicha referencia a la aparición de esta advocación mariana era una cosa de la que sólo los que hicieron su historia y los nacidos en México podían empezar a sentir.

El afán científico de De la Maza le hace declarar: “...nos interesa explicarnos el guadalupanismo como un conjunto de ideas y sentimientos y su influencia en el pasado, en el presente y en el futuro del devenir histórico de México”. Y el afirmar que no fue hasta la segunda mitad del siglo XVII cuando se empezó a sentir una personalidad nacional propia, se explica por el hecho de que la Iglesia, quizá sin proponérselo, había propiciado este cambio que ya se dejaba ver con mucha fuerza pero no, por esto, podemos ignorar el incipiente nacionalismo de los primeros pobladores y criollos que, si bien, de nada hubiera valido sin el respaldo que más tarde le habría de dar la unidad religiosa en torno a la guadalupana, tiene, sin duda, el mérito de haber sido el primero.



SANTIAGO RAMON Y CAJAL

He leído en la "Revista Científica-Literaria de Medicina de Urgencia (No. 18, septiembre de 1970, Madrid), dirigida por el escritor Miguel de Aguilar Merlo, un hermoso artículo del mexicano Fredo Arias de la Canal sobre Ramón y Cajal y su desarrollo como médico y escritor. Asimismo, leí la noticia, transcrita del diario "ABC" (Madrid, 18 de julio de 1970), de que se pretende fundar en la capital de España un Museo Cajal y un centro de investigaciones con un salón de conferencias y estudios, dedicado también a la memoria excelsa del sabio Ramón y Cajal, Premio Nobel de Ciencia de 1906. Esa noticia me emociona. Desde niño, cuando mi padre me puso en las manos las obras de Cajal, artista literario y pensador, comencé a sentir devoción constante por esa mágica figura. La creación de un Museo Cajal merece el prolongado aplauso de las naciones peninsulares e iberoamericanas. De los lugares más ignotos se abrirá el fuego en defensa de ese proyectado Museo y para su sostén.

Una noticia que me llena de alegría. Los lugares madrileños por los que Cajal trabajaba cotidianamente, están ahora en ruinas. El edificio de San Carlos, por el lado de Atocha, se está cayendo de viejo. Relleno modesto. No obstante, en su interior, se oyen todavía los pasos del genial científico y escritor, dirigiéndose hacia las salas de los laboratorios. Unos cuantos microscopios sobre mesas de mármol. Un aire de sana pobreza franciscana. Y la sombra nostálgica de Cajal se proyecta todavía sobre las preparaciones. Inscribe en el silencio del edificio de San Carlos la norma de que el triunfo sobre las facilidades no es triunfo y que dentro de la pobreza de medios, con alma persistente e interrogadora, se alcanza la riqueza de la verdad y el bien.

La ciencia no necesita millonarios, sino de actitudes mentales y perseverancia. La ciencia puede hacerse en un barracón. Así trabajó Pasteur. Casi en esa forma trabajó Cajal. España se modernizó en los últimos cincuenta años. Toda una pléyade posterior a Cajal investiga, descubre y avanza en el sendero del progreso. Ciencia y Progreso. Pero el caso de Cajal quedó como ejemplo, para siempre, de que la suntuosidad de los edificios nada tiene que ver con la suntuosidad de la ciencia. Pobreza verdadera es ver edificios imponentes, en los que se gastaron ríos de dinero, sin que exista en ellos el sentido de la ciencia, la austeridad de sus métodos, la gravedad de una búsqueda que sea un acto de libertad del espíritu. La pobreza nace de ese contraste. Riqueza es sentir florecer el espíritu por encima del cinc de un barracón.

Ramón y Cajal (Petilla de Aragón, Navarra 1852-Madrid, 1934) es realmente una figura mágica o predestinada. Nació con la rebeldía en el cuerpo y una "ingénita antipatía hacia el principio de autoridad", como lo confiesa en la autobiografía **Mi infancia y juventud**. Fue un niño que se rebelaba contra la autoridad de su padre. Este, médico de una aldea, quería que el hijo fuera también médico. El niño quería ser pintor, una forma de ser novelista, como lo fueron Velázquez, Goya y El Greco.

Fue el diablillo más terrible que se pueda imaginar. Fabricaba armas para su pandilla. Era el terror de todos los demás mozuelos que no eran de su cuadrilla, así como también el terror de los adultos de la aldea y sus cercanías. Un día estuvo a punto de perder la vista por la explosión de una máquina, fruto de su ingeniosa inventiva. Otra vez, se iba a caer de un alto peñasco, donde buscaba un nido de águilas. Todavía en otro ocasión, estuvo a punto de morir ahogado en un río congelado, cuya capa de hielo se quebró repentinamente, bajo su peso, y lo llevó en el remolino de su corriente álgida. Le sucedía lo peor; pero la fatalidad no triunfaba. A fuerza quería ser dibujante y pintor. También fue sólo a la fuerza como su padre consiguió que Ramón estudiara medicina. Una vez, envió a su hijo recalcitrante a una barbería; otra, al taller de un zapatero. Si no sirves para trabajos intelectuales, servirás para los manuales, le decía su progenitor. El niño se convenció en esa forma; pero nunca perdió la "ingénita antipatía hacia el principio de autoridad". Fue a esa antipatía a la que le debió los frutos de su investigación científica. La rebeldía se enfocó en los nombres hechos de la ciencia. El ir en contra, deshacer los malos conceptos y desbaratar las doctrinas de otros consagrados, llegó a ser una santa rebeldía. Cajal es como el Pío Baroja de la ciencia. Baroja, el espíritu más sincero e independiente de la literatura española. Cajal, la independencia absoluta en el campo de la ciencia. Pero sólo es independiente quien sabe ver y observar la realidad. En su infancia y su juventud, Cajal, fue un amante de los montes y los pinares, los pajaritos y los ríos. Coleccionaba huevos y piedras. Trazaba con el lápiz las formas de un lagarto, un conejo o cualquier otro animal de la naturaleza. El amar a la naturaleza y sus formas, es el modo de ser independiente. El conocimiento fundado en la observación es superior al obtenido en los libros. Al principio, la realidad es siempre la realidad. Ser rebelde a todo lo que no sea una fiel interpretación de la naturaleza.

Un día, el niño Cajal descubrió en casa de un vecino una "copiosa y variadísima colección de novelas, historias, poesías y libros de viajes". Y se embarcó en esa abundante literatura. Si huía a los campos y vagaba por ellos de sol a sol, también huyó a los libros; una especie de viajar estático. Toda su vida será eso: observación directa, tomarle el pulso a la realidad; lectura de obras literarias, el embarque en la fantasía. Dos tendencias paralelas y que no confluyen en conflicto. Puede ser científico y literario. Puede interpretar la realidad y profundizar en el sueño.

Cajal pertenece de cuerpo entero a la famosa generación del 98 (Azorín, Pío Baroja, Unamuno, los hermanos Machado, Jacinto Benavente, Valle Inclán, Maeztu, Ganivet, etc.). Pocos lo incluyen en dicha generación; pero su figura de escritor pertenece a ella. También su figura de científico, por su figura, pertenece a esa generación. Si por algo se distingue la generación del 98 es, sobre todo, por el desdén soberano por lo consagrado, por las ideas hechas, por la autoridad ya creada.

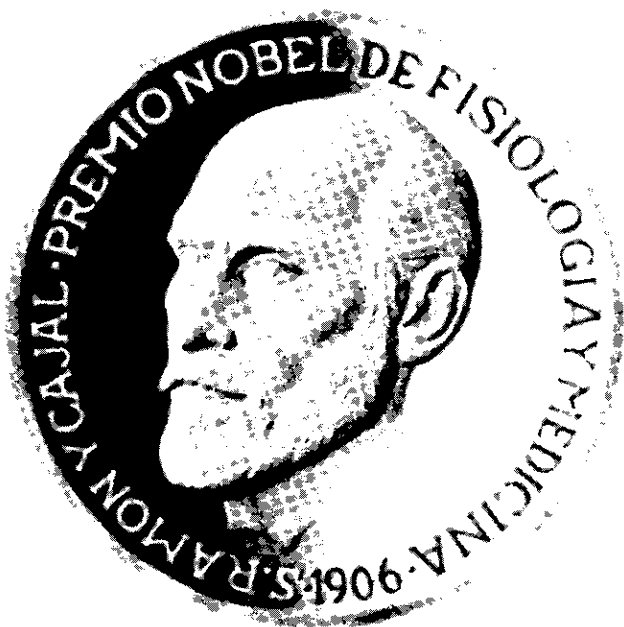
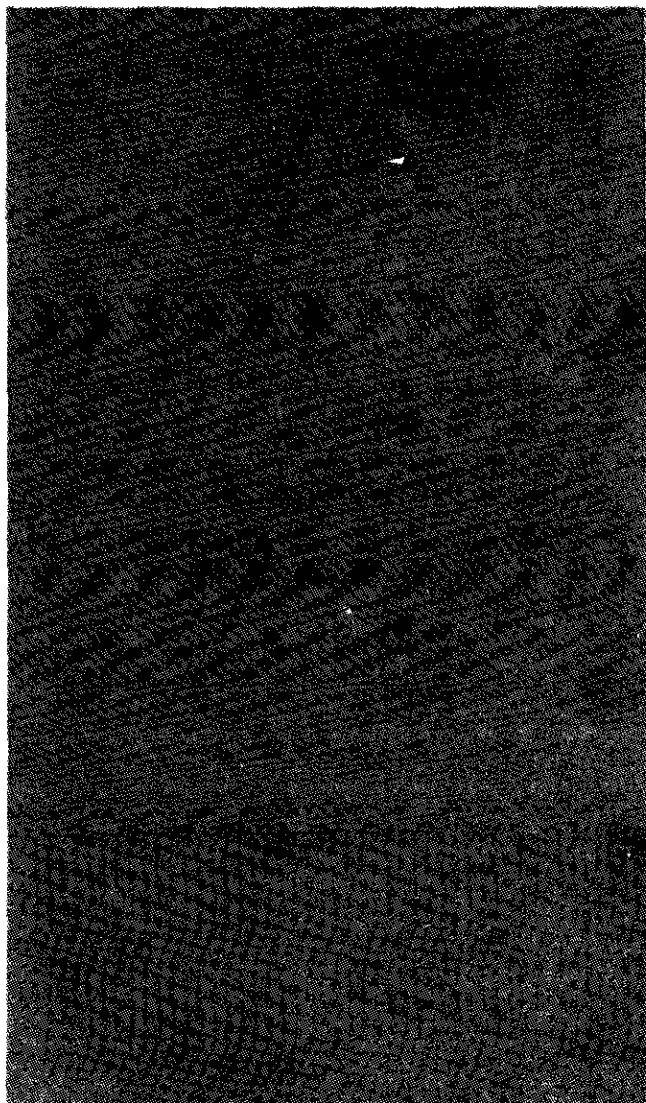
A los escritores del 98 les une una libertad de espíritu íntegra y común. Ahora bien, el científico Cajal es esto mismo. Según sus propias palabras, una "ingénita antipatía hacia el principio de autoridad". Y si hay otra faceta que defina a los hombres de la generación del 98, es su atención a las realidades y la firme y austera observación ante ellas. Mejor aún, su voluntad de inteligencia.

Recuerdo las palabras de Azorín: "se puede ser un hombre de una vastísima cultura (un formidable erudito o un maravilloso orador) y ser un hombre muy poco inteligente. La inteligencia implica originalidad; y la originalidad es rebeldía. Cuanto más inteligente sea un hombre, más rebelde será, es decir, menos conformista, menos aceptador de lo ya pensado, de lo ya sentido". Cajal, hombre de profunda inteligencia, es hermano de la generación del 98 por esta actitud vital y mental de rebeldía perenne. También Azorín expresó que "el valor va siendo (en España) no ímpetu ciego, no intrépida temeridad, sino reflexión, cálculo, inteligencia, ciencia". Pasó la época de los héroes. Nació entonces una época nueva, moderna, con héroes de otras cualidades. Escritores con los pies en la realidad observada, juristas atentos a los fenómenos sociológicos, matemáticos que controlaban la economía, científicos que exploraban lo ignoto. Héroes que substituían a Hernán Cortés, Pizarro, El Cid, Núñez de Balboa, etc. La generación del 98 tuvo esa visión y fue precisamente Ramón y Cajal el que llenó plenamente el tipo de héroe... científico. Si hubo algún hombre que alteró la noción de la heroicidad en España, fue precisamente Ramón y Cajal; también Santiago, no "Santiago a los moros", sino Santiago en las lides de la ciencia, Santiago para desbaratar lo que todavía no entendía la inteligencia; pero que tenía que entender.

Cajal iba a acometer la empresa bélica mayor de España: descifrar la constitución íntima del sistema nervioso. Regresará de los campos de batalla con ese botín de guerra: su doctrina del neuronio, según la cual, la célula nerviosa es una unidad anatómica y fisiológica, cuyo cuerpo no sólo es centro trófico, sino también de actividad específica y cuyas prolongaciones transmiten a otras células el impulso funcional, sólo por contacto (doctrina que iba en contra de la teoría reticular, o sea, la de la continuidad del tejido nervioso). Europa y el mundo se maravillaron. En 1906, la Academia Sueca le confirió el Premio Nóbel. Traería también otros botines de sus luchas, este nuevo héroe: la degeneración y la regeneración del sistema nervioso, los descubrimientos en el campo de la neurología (que iban a fructificar en el portugués Egas Moniz y en su neurocirugía, que no se explica sin... Cajal, sino que es, más bien, el corolario científico y práctico de la visión del sabio español) etc., etc. ¿Murieron los demás héroes? ¿Murió, acaso, el héroe máximo de España, Don Quijote? He ahí el problema. ¿Entró la España tradicional en franca derrota? ¿Desapareció para siempre su espíritu quijotesco? Esa es la cuestión.

En Madrid va a levantarse un Museo Cajal. Es preciso que Portugal se encuentre presente. Tenemos un Egas Moniz y ahí deberán figurar los testimonios de nuestro Nóbel sobre su colega. Egas Moniz es una prolongación de Cajal. El Museo Cajal deberá ser también, hasta cierto punto, el Museo Egas Moniz (esto sin abandonar la creación de un Museo Egas Moniz en Lisboa). Madrid va a honrar la memoria de Cajal, el sabio y literato; pero hay algo que conviene poner de manifiesto, ahora que los propósitos están firmes: un Museo debe tener un "sentido". ¿Y qué sentido se le debe imprimir al nuevo Museo? Creo que, desde luego, por encontrarnos en la tierra de Don Quijote, sólo uno: el sentido "del quijotismo de la ciencia". Al final, la visión de los hombres de la generación del 98 triunfó. Ya no habrá oportunidad para otro Hernán Cortés, otro Pizarro, otro Balboa; pero el quijotismo no murió. Lo extraordinario es que el propio Cajal vio el problema y, el día 9 de mayo de 1905, dio una conferencia en el Colegio Médico de San Carlos, que es una pena que no exista grabada, para ser ella misma la imagen más apropiada del... Museo de Madrid, que se eruirá en esas paredes. Una voz de 1905, un año antes del Nóbel. Una voz eterna. En aquel entonces, Cajal habló de la "Psicología de Don Quijote y el Quijotismo". Cajal contra la corriente pesimista, vio en el genial libro-biblia de Cervantes "no el poema de la resignación y la desesperanza, sino el poema de la libertad y la renovación". Sí, porque hay muchos, seguidores de Heine, que ven en el libro-biblia la novela de la melancolía y la derrota. El Quijote es un idealista; pero, ¡siempre termina derrotado! Sin embargo, ese 9 de mayo, un mayo florido, Cajal iba contra la corriente y decía: "pero séame permitido dudar de que la ignorancia, el aturdimiento y la imprevisión constituyan la esencia y fondo del quijotismo; o esta palabra carece de toda significación ética precisa, o simboliza el culto ferviente a un alto ideal de conducta, la voluntad obstinadamente orientada hacia la luz y la felicidad colectivas". Y Cajal vio en el Quijote a un paladín del ideal científico, puesto que la ciencia lleva consigo honra y prosperidad para una patria. "Más yermo aún de grandes abnegaciones y de levantados quijotismos se nos presenta el campo de la ciencia y de la filosofía españolas". Y hacia hincapié en los "levantados quijotismos en pro de la cultura, elevación moral y prosperidad duradera de la patria". Las palabras que deberían escucharse, ahora, en el Museo Cajal (¿Acaso existe su voz grabada?) serían éstas, de su propio patrón, que le imprimen todo un sentido al museo más noble de España: "El quijotismo de buena ley, es decir, el depurado de las roñas de la ignorancia y de las sinrazones de la locura, tiene, pues, en España, ancho campo en qué ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y subsuelo: descuajar y convertir en ameno y productivo jardín la impenetrable selva de la Naturaleza, donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y la muerte; modelar y corregir, con el buril de intensa cul-

tura, nuestro propio cerebro, etc., etc." Cajal no llegó a agotar todos los nuevos campos del quijotismo. El perdura. Los héroes son otros. España no enterró al Quijote. Y su sombra augusta deambulará también por ese nuevo Museo que va a inaugurarse, tomando del brazo a Santiago Ramón y Cajal. Fueron hombres de la misma carne, espíritus del mismo espíritu. Un Museo símbolo de la España que camina, eterna, triunfadora.



HISTORIA DE LA PSIQUIATRIA

Epoca Primitiva o Prehipocrática

Los conocimientos psiquiátricos anteriores a Hipócrates no estaban en modo alguno estructurados, y sólo pueden encontrarse indicios fragmentarios en las distintas civilizaciones referentes a la noción que se tenía de la locura. En general, en todos los pueblos primitivos **la enfermedad mental era considerada como la posesión del hombre por divinidades maléficas o benéficas**, un concepto que, con excepción de la época grecorromana, adquirió una preponderancia catastrófica en la Edad Media, y del cual quedan todavía vigorosas reminiscencias. Entre los egipcios ésta era la creencia aceptada. En una estela egipcia que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y que data del siglo XIII antes de Cristo, se lee una inscripción que habla de una princesa asiática poseída de un espíritu, que fue curada por la intercesión del dios Khons.

De la época bíblica se pueden obtener también datos referentes a trastornos mentales en el Libro de los Reyes. Saúl, el primer rey de Israel (siglo XI antes d. C.), sufría estados depresivos y creía poseer un espíritu malo. Para combatir sus crisis de abatimiento llamaba a David, quien le sucediera en el reinado de Israel con objeto de que le consolara tocando el arpa. Nabucodonosor (V siglos antes d. C.), el personaje citado en el Antiguo Testamento, creador de la pujanza de Babilonia con sus jardines colgantes, parece que sufrió accesos del **licantropía, nombre que se ha dado a aquel trastorno mental caracterizado porque el enfermo vagaba durante la noche por sitios solitarios y aullaba como un lobo**.

Algunos historiados señalan que los libros sagrados primitivos de la India, los Vedas, compuestos de cuatro colecciones, una de ellas, el Yajur-Veda, trata en gran parte de los trastornos psíquicos, interpretándolos como posesiones demoníacas. Un médico hindú que al parecer vivió 100 años antes de Hipócrates, **Susruta, escribió que las pasiones y emociones fuertes pueden ser causa no sólo de enfermedades mentales, sino también de afecciones somáticas que exijan un tratamiento quirúrgico**, enunciando así, hace 26 siglos, lo que hoy se ha resucitado una vez más bajo el nombre de medicina psicósomática.

En la antigua Grecia se usaban los nombres de demoníacos, poseídos de los dioses y energúmenos para designar a los seres privados de razón. En la mitología griega abundan los ejemplos de locura, y puede decirse que aquí empieza a perfilarse, aunque fragmentariamente, la noción de enfermedad mental. Ulises, por ejemplo, se finje loco y se dedica a arar la arena de la playa, sembrando sal en lugar de semillas. Cuando Aquiles resultó mortalmente herido por la certera flecha de París, que le alcanzó en el talón vulnerable, Ajax lo recogió, mientras Ulises hería a Glaucos y a Eneas, que perseguían al caído. En los juegos fúnebres las armas de Aquiles correspondieron a Ulises, y por ello **Ajax enloqueció; en su locura arremetió contra el ganado creyendo que mataba enemigos. Y cuando volvió en sí, lleno de confusión y enojo se dio muerte con su propia espada**. Eurípides,

en su Hércules furioso, señala que Lisa, la diosa de la noche y locura, hizo perder el juicio a Heracles (Hércules). Por cierto que de esta diosa, Lisa, no demasiado popularizada en los escritos mitológicos, se tomó el nombre en algunas literaturas médicas para designar a la rabia.

Un dato importante, desde el punto de vista psiquiátrico, se encuentra en la tradición griega. Alrededor de ocho siglos antes de Hipócrates vivió un pastor llamado Melampo, que se hizo célebre por sus curaciones. Las hijas de Proteo, el rey de Argos, habían enloquecido por quebrantar el culto a Dionisos y robar oro de la estatua de Hera. Se creyeron transformadas en vacas y vagaban por los bosques mugiendo como estos animales. **Melampo fue llamado para curarlas. Su tratamiento consistió en la administración de eléboro mezclado con leche**, disponiendo, además, que fueran perseguidas por el bosque para hacerlas correr y que cayeran agotadas, después de lo cual recibieron un baño en las fuentes de Arcadia. Se supone que Melampo conocía los efectos purgantes del eléboro por sus observaciones en el ganado. Pero es posible que ya existiera tradición en la sabiduría popular sobre los efectos de esta planta en la locura, pues los alcaloides que contiene se usan ampliamente en la actualidad como hipotensores y sedantes. En otra planta de la India, la llamada en sánscrito Sarpagandha (*Rauwolfia serpentina*), que de acuerdo con antiguas leyendas curaba la locura, se ha encontrado, después de muchos siglos, el alcaloide llamado reserpina, también hipotensor y sedante como los del eléboro, pero, además, de efectos asombrosamente curativos en trastornos mentales tan graves como la esquizofrenia. No sería imposible por consiguiente que entre los alcaloides del eléboro, que no han sido investigados sistemáticamente desde el punto de vista psiquiátrico, pudiera haber algunos de efectos ataráxicos (1).

Nueve siglos a. d. C., y cinco antes de Hipócrates, Homero nos habla de un héroe, Asclepios, llamado posteriormente Esculapio por los romanos, que originariamente vivía en las cercanías de la tesimalónica Tricca, al pie del Pindo, en cuyas alturas se suponía estaba la residencia de Apolo, de quien era hijo. Fue educado, lo mismo que Jasón, Aquiles y Heracles, por el centauro Quirón, quien lo adiestró en el arte de la medicina. Acompañó a Jasón y Heracles en la expedición de los Argonautas. Homero lo presenta como un gran héroe médico, y sus hijos, Macaón y Podaleiros, gozaron de gran fama como expertos en curar heridas en su calidad de médicos del ejército griego durante el asedio de Troya. Apolodoro fija la fecha del establecimiento del culto de Asclepios en el año 53 antes de la toma de Troya. En torno a la figura de Asclepios o Esculapio se formó el linaje de los Asclepiades (o Esculapios), sacerdotes médicos que fueron transmitiendo hereditariamente los secretos de las curaciones, y que oficiaban en los templos de Esculapio.



El templo más celebre entre todos fue el que se construyó en el siglo seis antes de Cristo en Epidauro, precisamente la ciudad donde nació Esculapio, y del cual se conservan todavía las ruinas. Este santuario llegó a adquirir proporciones extraordinarias con el tiempo, pues se fueron construyendo templos auxiliares y hasta un estadio con capacidad para 12,000 personas. Tenía un pabellón de baños y dos gimnasios, y en los patios una hermosa alameda para solaz de los enfermos. En la ornamentación se erigieron estatuas a dioses propicios y médicos famosos, y había inscripciones que relataban casos de curas milagrosas. Toda la instalación estaba orientada para crear una intensa atmósfera sugestiva que propiciase las curaciones. Por otra parte, en todas las provincias de Grecia se propalaban historias de casos milagrosos, de tal suerte que el enfermo que llegaba al templo de Epidauro lo hacía con la mejor preparación para ser profundamente impresionado. Las técnicas curativas se rodeaban de un complicado ceremonial y constaban de varios ritos. El enfermo, antes de llegar a la presencia del dios, tenía que ser purificado por el baño, el agua lustral o la quema de incienso. Las oblaciones se acompañaban de música y fervientes oraciones. Los sacerdotes explicaban las leyendas de las inscripciones, que referían curaciones increíbles. **Una vez que la preparación del enfermo era adecuada, se le permitía acercarse a la estatua del dios y poner su parte enferma en contacto con él.**

Aparte de las dietas y ayunos que se observaban con cierto rigor, era de gran interés el ritual nocturno. Cuando la noche se iba acercando, **los enfermos eran preparados para que tuvieran un sueño rico en visiones**, lo cual se conseguía más fácilmente vistiendo túnicas blancas. Ya en la oscuridad se hacían ofrendas y se escuchaban oraciones. En plena noche un sacerdote, ataviado como si fuera un dios, y llevando **consigo una serpiente o un perro sagrado**, recorría los dormitorios aplicando remedios de las partes enfermas con complicado ritual de magia. Con todo este misterioso ceremonial escénico, las experiencias nocturnas eran fácilmente tomadas como visiones divinas, y al día siguiente el sacerdote ofrecía la interpretación de las apariciones o sueños del enfermo, instruyéndole sobre la naturaleza de su mal y lo que la divinidad aconsejaba en su caso. Cuando la enfermedad no se modificaba, el enfermo era invitado a hacer nuevas ofrendas y repetir el ceremonial. **Si resultaba incurable era acusado de impiedad**, y se le invitaba a buscar ayuda en otra parte.

No se puede dejar de señalar la semejanza entre estas prácticas teúrgicas desarrolladas varios siglos antes de Cristo, **y el ritual contemporáneo de muchos procedimientos y doctrinas del campo de la psicoterapia**, donde los únicos factores operantes son los artilugios mágicos.

El templo de Esculapio en Epidauro gozó de gran prestigio durante varios siglos. Se calcula que en Grecia y otros países (en Egipto había, por lo menos, uno) los Asclepiades tenían unos 500 templos.

Si en un principio estos templos, especialmente el de Epidauro, representaron la organización de un sistema terapéutico en congruencia con las concepciones que sobre la enfermedad estaban vigentes en aquella época, pronto se convirtieron, sin embargo, en centros de auténtica charlatanería, donde los Asclepiades se enriquecían como mercaderes. Por eso Hipócrates, en su tiempo, condenó este culto, pues la especulación había llegado a jugar el principal papel en todos estos ritos teúrgicos. Pero ésto ha ocurrido siempre, y la protesta de Hipócrates puede alzarse hoy también, después de tantos siglos, para condenar infinidad de sistemas curativos de rito algo diferente, pero de idénticos móviles especulativos.

Pero la Grecia inmortal, la auténtica cuna de la civilización, aportó algo más en la esfera del conocimiento científico antes de que surgiese Hipócrates. Casi al mismo tiempo que se erigía el templo de Esculapio en Epidauro, al correr del siglo seis antes de Cristo, Pitágoras, en Crotona, inaugura el verdadero conocimiento científico, funda la matemática y la ciencia en general. Y no es ninguna casualidad, a nuestro juicio, que allí mismo, en Crotona, uno de sus discípulos, Alcmeon, en esa luminosa aurora de la Epistemología, comience a estudiar el cerebro de los animales, estableciendo que nuestros sentidos dependen de él, y haciendo la sensacional declaración, de poca resonancia en su tiempo y a través de los siglos, de que **la razón y el alma tienen su asiento en el cerebro**. Esta concepción de la escuela Pitagórica, a 26 siglos de distancia, merece ser destacada por la poca atención que los filósofos de la época siguiente le prestaron.

(1) Ataraxia.—a, priv. y taraxis, del griego, emoción. Para los epicúreos significaba templanza en el placer y armonía en la vida. Para los estoicos libertad frente a las pasiones y dominio de sí mismo. Por consiguiente, ataraxia puede usarse con la significación de "armonía y tranquilidad mental".

Tomado de: **Psiquiatría**. Desarrollo de las corrientes actuales. México, 1961.

HERNANDO CORTES Y LOS INDIOS AZTECAS EN ESPAÑA

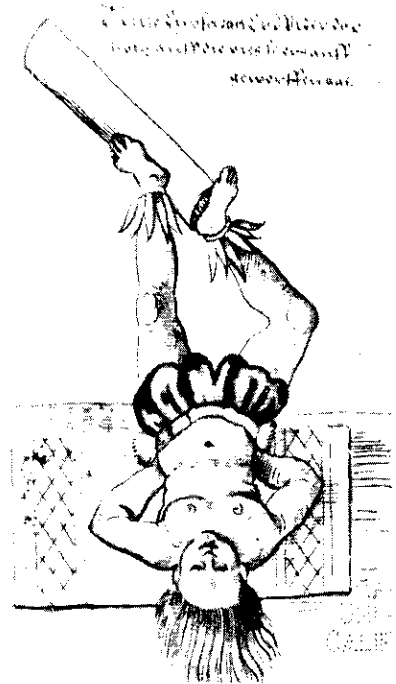
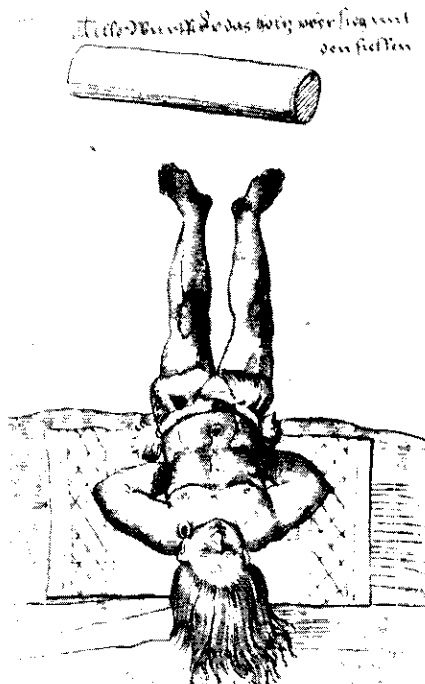
Después de nueve años de haberse embarcado rumbo a México Hernán Cortés, conquistador del imperio azteca y fundador de la Nueva España, retornó por vez primera —en 1528— a su patria. Había sido informado por varios amigos con influencias en la corte española, entre ellos García de Loisa —presidente del Consejo de Indias— y el duque de Béjar, que sus numerosos enemigos estaban haciendo circular serias acusaciones políticas en su contra. Sus amigos le aconsejaron que viniera a España y se defendiera personalmente ante el emperador Carlos V; por otra parte el conquistador necesitaba rehacer su fortuna personal, seriamente menguada durante los dos años que tomó su expedición a Honduras, (1524-1526).

Para este fin tomó dos buques prestados para el viaje y ofreció libre pasaje sin límite de equipaje para aquellas personas que quisieran acompañarle. Con el fin de impresionar al monarca Carlos V, con las riquezas de los reinos mexicanos que él había conquistado para España, embarcó mil quinientos marcos de plata, veinte mil pesos de oro, diez mil pesos más de oro sin acuñar y muchas ricas joyas. Invitó a bordo algunos de los más relevantes capitanes españoles, sus amigos y compañeros de armas como Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia. También invitó a un grupo de jefes aztecas para que lo acompañaran en la travesía¹.

El historiador H. H. Bancroft nos dice que "teniendo una inclinación natural por la pompa, característica que adorna graciosamente a los verdaderos grandes", hace notar que Cortés en su expedición a Honduras efectuada en 1524, llevó consigo a importantes oficiales españoles, a un grupo de altos jefes aztecas y un conjunto de malabaristas, cirqueros y payasos indígenas².

Escribe el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés que en 1532, Cortés llevó de nuevo consigo a España a un grupo de juglares indígenas, de los cuales el cronista nos da algunos detalles: "En el grupo había una docena de indios de Tlaxcala que jugaban lo que ellos llamaban **batey** con una grande y sólida pelota hecha de **leche de algunos árboles**, lo que conocemos nosotros por caucho. En ese mismo grupo venían ocho o nueve indios muy diestros, que al son de cánticos y canciones —entonados por sus compañeros— sostenían en el aire con los pies un gran cilindro de madera, juego nunca antes visto en España". Oviedo menciona que Cortés trajo también a la Corte a un par de enanos, hombre y mujer, y una banda compuesta por indígenas de ambos sexos **de tez más blanca que los germanos**. Francisco López de Gómara añade que este grupo azteca incluía a jorobados y prestidigitadores indígenas³.

Como complemento del espectáculo Cortés llevó también algunos gatos salvajes, pelícanos y un armadillo (ayotochtli). Como curiosidad especial exhibió una zorra mochilera (tlaquaci), de la que López de Gómara dice que es un animal que guarda y alimenta a sus hijuelos en una bolsa colocada en la parte infe-



LOS DIBUJOS DE WEIDITZ

rior del vientre, y con cuya cola las mujeres indígenas hacían un cocimiento que era de gran ayuda en el alumbramiento. Como regalo y prueba de la habilidad manual de los indios, trajo Cortés una gran cantidad de plumas y mantos de piel, abanicos decorados, cetros, objetos trabajados en pluma, espejos de obsidiana y artefactos similares. En pocas palabras, dice López de Gómara, venía como un gran señor⁴.

El grupo de Cortés dejó Nueva España en marzo de 1528 y cuarenta y dos días después, a mediados de mayo, llegó a España. Después de pasar una jornada en Extremadura, Cortés hizo su apoteótico arribo a la corte en donde permaneció junto con su grupo. Se dice que Carlos V "quedóse atónito y favorablemente impresionado por el espectacular arribo del Conquistador". "En todo el reino se pronunciaba su nombre y todos le querían ver", escribe López de Gómara⁵.

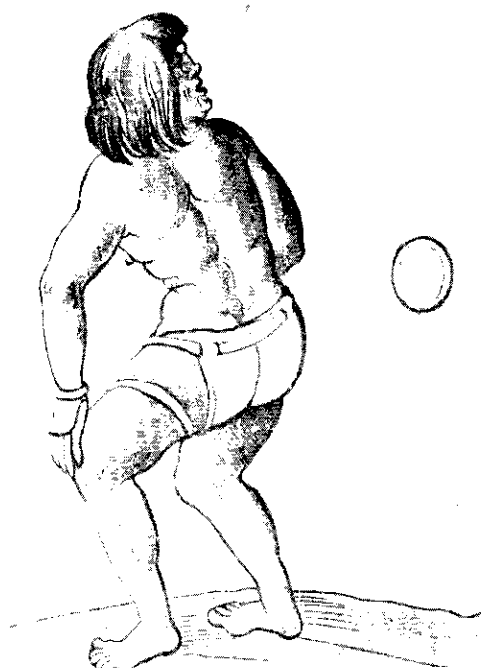
La misión de Cortés se había coronado de éxito. Carlos V le colmó de honores y privilegios. Fue autorizado a efectuar nuevas exploraciones y sus títulos y propiedades de la Nueva España que estaban en disputa le fueron confirmados. Entre otros honores el emperador lo elevó a la nobleza el 6 de julio de 1529 al conferirle el título de Marqués del Valle (Oaxaca, Nueva España), el cual confirmó su dominio sobre veintidós ciudades y veintres mil vasallos⁷. El astuto emperador sólo retuvo para sí los poderes políticos y prerrogativas solicitadas por Cortés, los cuales eran para el desarrollo del real gobierno de la Nueva España. Los títulos y concesiones otorgados al Conquistador por Carlos V, le aseguraron el primer puesto entre los conquistadores y colonizadores de la Nueva España⁸.

Habiendo logrado la mayoría de sus propósitos y objetivos, Cortés, su flamante esposa (segundas nupcias) y sus correligionarios españoles, dejaron la Corte y se dirigieron a Sevilla para retornar a la Nueva España. Zarparon en la primavera de 1530 y después de haber hecho escala por dos meses en la Española, llegaron a Veracruz el 15 de julio del mismo año⁹.

Cristóbal Weiditz, testigo presencial y artista que reprodujo el espectáculo de Cortés y su exótica caravana en la Corte de Carlos V, nació probablemente en Estrasburgo alrededor del año 1500, de una familia connotada por sus cualidades para el grabado y la talla de madera. Aprovechando la debilidad que los nobles y ricos patrones de esa época sentían por los medallones de oro y plata, enmarcando sus retratos, Weiditz después de aprender el oficio con un tío suyo, se convirtió en pintor y orfebre de cierto renombre. No obstante durante sus años en Estrasburgo (1526-29) tuvo dificultades para ejercer el oficio, debido a que el gremio local de orfebres alegó que era un oficio exclusivo de su jurisdicción y obstaculizó el trabajo de Weiditz. Como Cortés, Weiditz necesitaba del favor real para salir de dificultades. Con este fin solicitó una patente real que le permitiera desarrollar libremente su labor.

Augsburgo era un centro financiero favorecido por el flamenco y germánico Carlos V. Johannes Dantiscus, escritor y diplomático, originario de Danzig había oído hablar de Weiditz y lo invitó a visitar la Corte en España. Como coincidencia, Kolman Holmschmidt paisano y amigo de Weiditz, renombrado artista que fabricaba corazas militares ornamentales, deseaba entregar en persona al emperador, una coraza especial ordenada por él. Así que hacia el año de 1529 los dos artistas de Augsburgo se encontraron camino de España, llegando a Toledo donde residía temporalmente la Corte española. Más tarde únicamente Weiditz siguió a la Corte a Barcelona.

Impresionado por las extrañas y pintorescas vestimentas de la gente que vio en España, Weiditz realizó en su viaje de regreso a Alemania unas series de dibujos que afortunadamente se han conservado en el Museo Germánico de Nuremberg. Son en total ciento cincuenta y un dibujos de los cuales treinta y uno son a color. Los dibujos realizados en 1529, proporcionan



una descripción gráfica de los diferentes grupos y tipos españoles como son los moriscos, catalanes y otros. Algunos dibujos similares a éstos fueron hechos en Holanda en 1531-32. El doctor Teodoro Hampe preparó para después publicar en 1927 una edición facsimil de los dibujos, para los cuales escribió una introducción (en alemán, español e inglés) complementándolos con interesantes notas. Los dibujos biográficos de Weiditz aquí reproducidos se han tomado del material recopilado por el doctor Hampe¹⁰. La obra del doctor se ha escaseado debido a la destrucción de la mayoría de las copias ocasionada por los bombardeos que sufrió Alemania durante la Segunda Guerra Mundial¹¹. Afortunadamente existe un ejemplar en la Biblioteca Bancroft (Universidad de Berkeley, California) que gentilmente prestó para hacer posible este estudio.

Entre muchas de las cosas que llamaron la atención de Weiditz fue el extraño grupo de aztecas que vio en la Corte. Sus reproducciones de estos indígenas son ciertamente las primeras pinturas de indios mexicanos que aparecieron en Europa y poseen un valor étnico-histórico considerable. A cada uno de ellos añadió notas descriptivas en un dialecto alemán muy antiguo, los cuales hemos reproducido con su correspondiente traducción.

Una serie de tres dibujos muestra a un juglar indígena, tirado de espaldas, balanceando, impulsando y recobrando con los pies un pesado tronco de madera. El cronista franciscano Juan de Torquemada escribiendo hacia 1610 quedó impresionado por estos juglares de los que dice "nunca haber visto otros iguales en esa época, a pesar de haberlos visto ejecutar sus suertes en varias ocasiones". Después de describir detalladamente las suertes que estos indios ejecutaban tirados de espaldas, Torquemada escribió: "he visto varias veces este juego, sin embargo cada vez que lo veo parece ser una cosa única, digna de gran admiración¹²".

Torquemada también describe ampliamente el juego de pelota de los indios llamado TLACHCO cuyos jugadores pintó y describió brevemente Weiditz. Ambos observadores hacen notar que la pelota podía ser solamente impulsada con las caderas, previamente protegidas con mantas de cuero. A lo que Torquemada nos dice que si la pelota tocaba otras partes del cuerpo, había castigos y apuestas perdidas. Los equipos constaban de dos y tres jugadores cada uno y el juego consistía en pasar la pelota a través de un anillo de piedra fijado en la pared; el equipo que lo lograba ganaba el partido o también podían hacer puntos rebotando la pelota en la pared o en alguna parte del cuerpo del jugador contrario (exceptuando las caderas). Los jefes indios apostaban en el juego ciudades y provincias, mientras que los más pobres apostaban con frecuencia hasta sus propias personas, ofreciéndose como futuros esclavos.

Torquemada habla también del juego llamado Pato-lli, en el cual los indios arrojaban "piedras como lo hacían los italianos", juego que Weiditz también representó. Torquemada gustaba del mismo modo del juego llamado **Tablas Reales**, una combinación de damas y dados; los indios lo jugaban con frijoles de colores. Los jugadores lanzaban los dados con las dos manos. Según eran los resultados de las tiradas, las fichas eran sustraídas o añadidas. En este juego se apostaba fuerte también. Nos dice el cronista que no sólo perdían muchas de sus propiedades sino aún también su libertad, ya que cuando no tenían otra cosa que apostar se ofrecían ellos mismos¹⁴.

Finaliza la serie de dibujos un conjunto de pinturas de cuerpo entero representando a los aztecas traídos por Cortés a España. Una de ellas representa a una mujer indígena la cual no se encuentra en ninguna otra obra literaria concerniente a esta peculiar aventura o expedición azteca¹⁵.



Las demás pinturas de Weiditz son de menor importancia. Una es un autorretrato ataviado con el traje de marinero del siglo XVI¹⁶. Entre algunos otros que representan la vida en el mar, encontramos una que describe la forma en que se sujetaban los caballos en su travesía del océano. Esta última pintura es de gran importancia si tenemos en cuenta el papel que desempeñó este animal en los albores de la conquista e historia de México¹⁷.

Durante su estancia en la Corte, Weiditz realizó un medallón para el emperador Carlos V, cuya retribución fue quizá la obtención de la patente real que tan afanosamente había solicitado. En 1529 fabricó otro con la efigie de Hernando Cortés. Esta es la reproducción más fiel realizada en vida del conquistador¹⁸. Quizá es aún más importante otro cuadro a color pintado por el mismo autor, en donde aparece Cortés de cuerpo entero y es probablemente el único documento gráfico que se realizó en vida de don Hernando. Se le puede comparar únicamente con el dibujo de Cortés que realizaron los indios aztecas de Tlaxcala y con algunos otros cuadros (copias efectuadas durante la colonia). Estas últimas muestran a Cortés como un hombre de edad avanzada, no obstante que los dibujos de Weiditz fueron hechos en una época anterior, cuando el Conquistador estaba en el apogeo de la fama.

La exótica aparición del conjunto azteca en la corte española de Carlos V, ha pasado inadvertida para la mayoría de los estudiosos de estos y similares acontecimientos. La única y por cierto escasa alusión a este singular hecho la encontramos en la excelente monografía que Gibson realizó titulada los "Aztecas de Tlaxcala en el Siglo XVI". En esta obra, el autor cita numerosas fuentes coloniales de información, muchas de las cuales hacen escasa mención de esta expedición indígena. En este trabajo reuniremos esta información

y aportaremos nuevos datos de fuentes nunca antes mencionadas.

La visita realizada por los indios en 1528, no fue la primera aparición en España de estos indígenas y de sus peculiares objetos y vestimentas. El 19 de octubre de 1519, Cortés había despachado un buque, que atracó en Sanlúcar y en el cual iban seis nativos, cuatro hombres y dos mujeres, aparentemente indios Totonacas, además de tesoros enviados como presente a Carlos V. Los indios son descritos en detalle por Pedro Mártir, humanista italiano y miembro del Consejo de Indias y por Giovanni Ruffo de Forli, Nuncio Apostólico ante la corte española. Mártir se quedó impresionado por los códices aztecas y los objetos enviados por Cortés al Emperador, así como también el embajador de Venecia en España, Gaspar Contarini y el artista Alberto Durero, el cual tuvo la oportunidad de admirarlos en una exposición en Bruselas. Pedro Mártir también nos habla de un segundo grupo, traídos a la corte por Juan de Ribera y nos da una viva descripción del mismo y de la actuación de uno de ellos²¹.

Nos dice Gibson, que poco tiempo después de la Conquista, los caciques indios, así como los nuevos jefes españoles, conquistadores de la Nueva España, se dieron cuenta que las peticiones para obtener privilegios reales eran más efectivas si eran presentadas personalmente al rey de España, en lugar de solicitarlas por escrito. En una expedición a España realizada en 1526, dos jóvenes nobles aztecas, conocidos sólo por don Rodrigo y don Martín, se entrevistaron con Carlos V y les fueron otorgadas encomiendas (con derecho a recibir tributo de ciertas comunidades previamente escogidas). Ese mismo año el rey ordenó se trajeran un número de indígenas a España, con el objeto de instruirlos religiosamente, sin embargo no tenemos ninguna fuente de información que confirme este hecho.



El grupo de indígenas que trajo Cortés en 1528, fue uno de los primeros, pero no el único grupo azteca que visitó España. Aparentemente ninguno de los indios pertenecientes a este grupo formuló petición alguna al Monarca; cuando menos no sabemos que se haya otorgado ningún privilegio real durante la estancia de este grupo en la Madre Patria. Según Gibson, la muerte prematura del jefe indio tlaxcalteca don Lorenzo Tianquiztlatatzin, acortó la estancia en España del grupo indígena; no obstante se sabe de buena fuente que Carlos V había despachado al grupo con mucha anterioridad a la muerte de don Lorenzo, acaecida el 6 de mayo de 1529, o sea casi un mes después de que el grupo llegara a Sevilla para tomar el primer barco, que por órdenes reales los llevaría de nuevo a la Nueva España. Esta peculiar visita azteca (1528-29) fue planeada sin duda alguna para apoyar las ambiciones de Cortés, el cual quiso aprovechar también la oportunidad para efectuar un viaje gratuito a la corte del Imperio Español.

Antonio Herrera nos dice, que "a punto de abandonar la Corte, Carlos V, encomendó el grupo a fray Antonio de Ciudad Rodrigo y dio órdenes para que se les proporcionase ropas. Ordenó también se les dieran presentes para que regresaran contentos y encargó a fray Antonio para que viese por su bienestar durante el viaje. Dióle del mismo modo el rey dinero para comprar imágenes y objetos religiosos para que los indios los llevaran a México"²¹.

Un conjunto interesante de documentos inéditos, proporcionados gentilmente por el doctor France V. Scholes, revela parcialmente cómo fueron ejecutadas estas órdenes reales. Del mismo modo relata algunos de los incidentes acaecidos al grupo azteca durante su breve estancia en Sevilla, puerto de entrada para el comercio y la navegación de América²³.

El primer documento es una orden real, o *cédula* fechada en Madrid el 2 de octubre de 1528. Ordenaba a los oficiales reales de la Casa de Contratación en Sevilla, a pagar de las arcas reales el costo de los ropajes de cada uno de los indios mexicanos traídos por Cortés y a los cuales el monarca había ordenado regresar a Nueva España. El documento incluye la lista de los integrantes del grupo, compuesto de siete caciques o señores y veintinueve indios. La Corona dispuso que a los jefes se les dieran ropas más lujosas que a los demás y especifica en detalle los artículos que se fabricarán para cada grupo por cuenta de la Corona.

"Los siete jefes principales han de recibir cada uno una casaca de terciopelo azul y otra de damasco amarillo, con capa de fina tela escarlata. Los calzones también deben ser de tela escarlata de la misma calidad. Cada uno recibirá dos camisas, zapatos con listones y polainas de cuero. Por último se les proporcionará una gorra de terciopelo azul que complementa este singular atuendo. A los indios de condición inferior se les vestirá con casaca de color amarillo y otra de fustán y blanco y capas de color violeta. También se les dará un par de camisas, zapatos con listones, calzones y polainas de regular calidad. Sus gorras deberán de ser hechas de tela escarlata"²⁴.

Es evidente que durante las prolongadas negociaciones de Cortés en la Corte de Madrid y luego en la de Toledo, a donde se trasladaría después (15 de octubre de 1528), el Conquistador obtuvo de Carlos V las debidas deferencias, atenciones y privilegios que este otorgó al grupo azteca. No tenemos mucha información a este respecto, excepto por los dibujos de Weiditz, no obstante el 15 de mayo de 1529 se despachó de Toledo otra *cédula* con destino a los oficiales reales de la Casa de Contratación en Sevilla; en esa se dan nuevas instrucciones respecto al retorno de los indios a Nueva España. El documento repite la lista de nombres contenidos en la *cédula* anterior e insiste en que la habitación y alimentos de este grupo, corre por cuenta de la Corona así como también el pasaje en el primer barco que zarpe para Nueva España²⁵.

Otra orden real se despachó en relación a este acontecimiento el 31 de mayo de 1529, en Toledo y dirigida a los oficiales de la Casa de Contratación. Fray Antonio de Ciudad Rodrigo había informado a la Corona (en una carta fechada en Sevilla, que no se encuentra en el archivo) que se habían omitido los nombres de tres indios en la primera *cédula* y que estos estaban casi desnudos. Desgraciadamente el fraile olvidó mencionar la repetición del mismo error en la *cédula* fechada el 15 de marzo de 1529. Los nombres de estos tres indios no se mencionan en la última *cédula* real. sin embargo gracias a otra fuente de información podemos identificarlos como a Damián Tlacocheclatl, Jerónimo Conchano y Felipe de Castilla Momalquitzin (números 10, 11 y 20 de la lista de indígenas). Fray Antonio hizo notar también que un indio se encontraba

en Roma (Benito Matlatlaqueny, número 22) y que los demás estaban enfermos. La Corona, al conocer los hechos ordenó a los oficiales reales de Sevilla que pagaran las medicinas y cuidados médicos de los indios y que proveyeran lo necesario para que los indios fueran bien tratados y curados²⁶.

Los documentos restantes se refieren en detalle a los gastos que efectuó la Casa de Contratación en acatamiento a las órdenes reales. Estos mismos documentos son fuente interesantísima de información hasta el 24 de diciembre de 1529, fecha en que aparentemente se concluyeron las contabilidades fiscales.

En uno de ellos se sumarizan los costos de alojamiento y alimentación del grupo azteca²⁷. A cargo de fray Antonio, llegó a Sevilla un viernes 9 de abril de 1529 la mayoría del grupo indígena, el cual se embarcó en Sanlúcar, puerto marítimo de Sevilla el 28 de agosto de 1529. El documento incluye una detallada relación de los gastos ocasionados por los indios durante esta estancia de cinco meses.

El 22 de abril el grupo de veintisiete indios traídos por fray Antonio a Sevilla se dividió en dos. A trece de ellos se les dio alojamiento en la casa del canónigo franciscano Hernando de la Torre. De los catorce restantes se hizo cargo un tal Alonso Sánchez de Horteiga. Este último grupo redujose a trece con el fallecimiento de don Hernando Tacuyltecal (número 4), acaecido el 17 de mayo. Sin embargo, el grupo recobra su número original al dejar Baltasar de Texcoco (número 12) la casa del canónigo y pasarse a la de Horteiga.

El hacer una estimación de los hechos es un tanto complicada ya que la Corona al rectificar el error que había cometido, añadiendo tres indios en la lista a los que se les debería de proporcionar vestimentas, no autorizó el pago de su manutención. En consecuencia a tres de los indígenas alojados en la casa de De la Torre, no se les proporcionaba alimentación, ya que el subsidio real alcanzaba sólo para la manutención de diez aztecas. Estas disposiciones fueron lamentables y como consecuencia acarreó un alto índice de mortandad. Un indio, del cual no sabemos el nombre, falleció el 24 de abril, así como también Antonio Huatlalotzin (número 16) muere el 3 de mayo. Don Lorenzo Tianquiztlatoatzin (número 6) fallece el 6 de mayo, seguido de Baltasar Toquezquauhyczin (número 14) fallecido el 13 de mayo. Fue en estas fechas que Baltasar de Texcoco (número 12) deja la casa del canónigo y se une al grupo de Sánchez de Horteiga. Más tarde el grupo del canónigo se ve reforzado el 27 de julio, con la llegada de Benito Matlatlaqueny (número 22) que había realizado un viaje a Roma.

El 17 de agosto de 1529 este grupo junto con los doce que permanecían en la casa de Horteiga se dirigió de Sevilla a Sanlúcar, puerto de embarque para Nueva España (veintiún indios en total). Por motivos desconocidos los jefes indios Pedro Gutiérrez (número 2)

y su hermano Juan (número 3) permanecieron en Sevilla hasta el 31 de diciembre de ese mismo año en la casa de Sánchez de Horteiga. Un último reporte fiscal acusa el pago de cinco ducados a un mercader de Sanlúcar, por el sostenimiento de veinte indígenas.

La especificación de costos —regalos y vestimentas— nos proporcionan una información más amplia de este grupo de turistas aztecas²⁸. Con relación a los jefes indios, los oficiales reales de la Casa de Contratación reportaron que el 16 de abril de 1529, se adquirió terciopelo azul para la manufactura de las casacas y capas, de las cuales sólo cinco se llegaron a elaborar completamente. Los mismos oficiales reales guardaron, no obstante, catorce tres cuartos varas de esta tela para don Hernando de Tapia (número 5) y don Juan Tgihuacmitl (número 7) que se habían quedado rezagados en la Corte. No se sabe a ciencia cierta si estos dos últimos jefes recibieron sus respectivas vestimentas al llegar a Sevilla o si se las proporcionaron a su regreso a Nueva España. Los altos jefes indios que estaban en Sevilla en esas fechas eran don Martín Cortés Nezahualtecolotl (número 1), don Pedro Gutiérrez Aculan Moctehzoma (número 2), don Juan Covamitle (número 3), don Hernando Tacuytecal (número 4) y don Lorenzo Teanquiztlatoatzin (número 6). Los dos últimos fallecieron al mes siguiente como se dijo ya anteriormente.

Los encargados de la Casa de Contratación, pagaron el 18 de agosto, las vituallas para el viaje de los indios. Estaba programado que zarparan en una nave al mando de Pero Díaz²⁹. Esta era la Santa María, de ciento diez toneladas que efectivamente zarpó en ... 1529³⁰. La lista de las diversas mercancías compradas para el efecto, no deja de ser un tanto pintoresca. Se adquirieron trescientas veinte libras de galletas de mariner, doscientos treinta y ocho galones de vino, ciento cincuenta libras de carne, dos mil sardinas, tres fanegas de garbanzo, varios galones de aceite de oliva, algunas frutas y quesos. El tesoro real pagó también tres ducados de oro al doctor Diego Ruiz por sus servicios médicos a los indígenas y seis piezas de ocho reales al barbero Luis de la Cueva por sangrarlos dieciséis veces, y una suma considerable al boticario Francisco de Castellanos por la compra de medicinas. La cuenta a cargo del tesoro real para el mantenimiento de los indígenas ascendía a doscientos noventa mil seiscientos veintinueve maravedís, aparte de noventa y cuatro mil ciento noventa y un maravedís empleados en la adquisición de materiales y de veintitrés mil ciento noventa y tres maravedís gastados en la manufactura de las vestimentas. Lo que nos da un total de cuatrocientos ocho mil trece maravedís, equivalentes a mil ochenta y ocho ducados de oro, los cuales constan de trescientos setenta y cinco maravedís cada uno³¹.

Vamos a resumir en una forma tabular lo que sabemos de este grupo azteca. Nuestra lista omite al grupo de juglares y a la dama azteca representada por Wei-



ditz e incluye a los citados en los documentos de la Casa de Contratación y a tres indígenas que no conocemos sus nombres y que son mencionados por Chimalpain.

Aztecas en España, 1528-1529

Octubre 2, 1528

Indios principales	7
Otros indios	29
Sin nombre	3
Total	39

Agosto 28, 1529

Indios principales embarcados para Nueva España	1
Indios principales que murieron en Sevilla	2
Indios principales que permanecieron en Sevilla	2
Indios principales que permanecieron en la Corte	2
Sub-total	7

Otros Indios

Embarcados para Nueva España	20
Muertos en Sevilla	3
No incluidos en la lista	9
Sub-total	32
Total	39

La información obtenida respecto a los altos jefes indígenas, varía. No sabemos que aconteció con don Juan Covamitle (número 3), don Hernando de Tapia (número 5) y con don Juan Tgihuacmitl (número 7); estos dos últimos no llegaron a Sevilla con el grupo de fray Antonio. Sabemos más, no obstante, de don Martín (número 1) y de don Pedro (número 2), dos de los tres hijos de Montezuma que hicieron el viaje a España.

Don Martín fue el único jefe indígena que zarpó con el grueso del contingente azteca el 28 de agosto de 1529. Durante su estancia en España casó con una española de nombre desconocido. Esta enviudó a raíz de su llegada a Nueva España. Fernando Alvarado Tezozomoc, cronista indígena, escribe hacia 1609, dándonos dos versiones de la muerte de don Martín ocurrida en el viaje de Veracruz a México. Una dice que durante la larga jornada fue envenenado por dos asesinos envidiosos, y la otra afirma que murió de un ataque al corazón. Las dos coinciden en afirmar que la viuda fue llevada a la ciudad de México después del trágico suceso, para después desaparecer para siempre del panorama histórico³².

Del que sí tenemos mayor información es de don Pedro, medio hermano de don Martín. Evidentemente fue don Pedro el único indígena que realmente aprovechó su estancia en España. No sabemos cuando retornó a Nueva España; pero bien pudo ser en 1530 acompañando a Cortés como lo dice Chimalpain³³.

Agustín Vetancourt, cronista religioso escribe que poco tiempo después de la llegada de don Pedro, una cédula real ordenaba al virrey de Nueva España, otorgarle el título de Grande de España, con la categoría de Caballero, más la suma de cien mil ducados. Como esto último se llegó a saber por las demandas de sus

herederos legales, es probable que nunca se le haya pagado dicha suma. Vetancourt nos habla de la existencia de otra cédula real fechada el 11 de septiembre de 1570, en donde Felipe II otorga a don Pedro un escudo de armas y una pensión real de tres mil pesos anuales³⁴. De lo que sí estamos seguros es que don Pedro fue uno de los supervivientes de la misión azteca que fue a España entre 1528-30.

Existen ciertas lagunas respecto a la repatriación del grupo de aztecas que acompañaron a Cortés en 1528. Solamente algunos de ellos retornaron a Nueva España en agosto de 1529. Si las aseveraciones de López de Gómara son correctas y si las pinturas de Weiditz, aparentemente las corroboran en parte, los cómicos —juglares, bufones, jugadores de pelota y prestidigitadores— forman un grupo aparte de los treinta y nueve jefes y vasallos indígenas mencionados en las relaciones de la Casa de Contratación de Sevilla. Hasta el presente no sabemos del fin o de la repatriación de este grupo de cómicos traídos por Cortés.

¿Quiénes fueron los compañeros de a bordo de Sahagún?

Según lo hemos visto, el grupo que Cortés trajo a España en 1528 no retornó completo del todo a Nueva España. Esta conclusión nos lleva a enfrentarnos a una interrogante historiográfica, supuestamente resuelta, dado que se supone que el grupo azteca retornó íntegro a Nueva España.

En su magistral estudio bibliográfico de los textos del siglo XVI, el bibliógrafo y erudito mexicano Joaquín García Icazbalceta, nos dice que fray Bernardino de Sahagún —nuestra mayor autoridad en etnografía histórica del centro de México— probablemente empezó el estudio del lenguaje azteca y de las antiguas costumbres de México, antes que pisara tierras de Nueva España en 1529. García Icazbalceta hace notar que fray Bernardino zarpó de España con fray Antonio de Ciudad Rodrigo, el cual había sido enviado a Nueva España, por órdenes de sus superiores, con el fin de reclutar entre los nuevos fieles indígenas futuros sacerdotes y supone que Sahagún viajó con el grupo de aztecas que había estado bajo el cuidado de fray Antonio y que probablemente fue durante esta travesía trasatlántica, que inició sus estudios de los aztecas³⁵.

Alfonso Toro, escritor mexicano posterior a Icazbalceta, critica y da por errónea la hipótesis de este último. Toro afirma, citando a Chimalpain, que el grupo azteca retornó a Nueva España en 1530. Por lo tanto no pudo ser Sahagún compañero de a bordo de los aztecas, ya que según propias afirmaciones de Sahagún éste tocó tierra en 1529³⁷.

Treinta años más tarde otro importante historiador mexicano, Wigberto Jiménez Moreno acepta las "conclusiones" de Toro y da por terminado el asunto³⁸. Esta misma cuestión es hecha a un lado por Luis Nicolau

d'Olwer, el mejor biógrafo de Sahagún en los tiempos modernos.

Chimalpain, en quien se basa Toro para dar sus afirmaciones, nos dice que los aztecas retornaron con Cortés en 1530. Después de relatar el arribo de Cortés a Nueva España en el año doce de los Conejos —1530— el cronista indígena menciona entre paréntesis que Cortés se había llevado consigo a varios nobles indígenas, de entre los cuales el más allegado a él era don Pedro, hijo de Moteuhczomatzin (Montezuma). Es de notar, como lo decimos anteriormente que don Pedro y su hermano don Juan (números 2 y 3) permanecieron en Sevilla hasta fines de 1529; por lo tanto bien pudieron haber regresado con Cortés a Nueva España en el año de 1530. Desgraciadamente no poseemos pruebas que afirmen o nieguen estas posibilidades.

Lo que sí sabemos, es que un grupo de Aztecas zarpó de España en el navío "Santa María", a fines de agosto de 1529. En circunstancias normales de viaje, habrían llegado a Nueva España en los primeros días de noviembre, dentro del período fijado por la hipótesis de García Icazbalceta. El asunto, no obstante, queda un tanto oscuro debido a la falta de fuentes de información que corrobore el hecho.

Ahora bien, el que Sahagún fuera compañero de viaje de los aztecas, es un enigma que no se ha podido resolver, como tantos otros aspectos de su vida, que han quedado cubiertos por el velo del misterio. Quizá con el tiempo y un poco de suerte, demos con documentos desconocidos que nos ayuden a resolverlo, así como hemos podido proporcionar algunos detalles de esta menospreciada historia de la visita de indios aztecas a España, reproducida por Weiditz, a los cuales vistió pintorescamente Carlos V y proveyó de suficiente vino para un retorno feliz a Nueva España.

LISTA DE INDIOS AZTECAS QUE ACOMPAÑARON A HERNAN CORTES A ESPAÑA. (1528)

No.	Nombre:	Reino:	Notas:	Fuente:
1	Don Martín Cortés Nezahualtecoltl	México	Hijo de Montezuma y de doña María, señora de Copilco, barrio de San Sebastián Atzacualco, hija de Ahuitzotl, octavo rey de México. Medio hermano de los Nos. 2 y 3. Casó con una española. Regresó a Nueva España, pero murió en el camino de Veracruz a la ciudad de México.	AGI Chimal 1
2	Don Pedro Gutiérrez Aculan Moctehzoma (Pedro González Aculan)	México	Hijo de Montezuma y de doña María Miyahuazochitl; señor de Tula. Medio Hermano del No. 1 y hermano del No. 3. Permaneció en Sevilla hasta el 31 de diciembre de 1529. Regresó más tarde a Nueva España, donde recibió honores reales.	AGI Chimal 1
3	Don Juan Covamitle (Coyayucle; Sayayuntla)	México	Medio hermano del No. 1; hermano del No. 2, con el que permaneció en Sevilla, después que el grueso del grupo azteca había zarpado para Nueva España. (15 de agosto al 31 de diciembre de 1529).	AGI
4	Don Hernando Tacuyltecal (Tucaytecal; Tacuytytecal)	México	Fallece en Sevilla el 18 de mayo de 1529.	AGI
5	Don Hernando de Tapia (Don Andrés de Tapia)	México	Hijo de Andrés Mutelchiuhtzin Huitguahtla, antiguo consejero de Montezuma; elegido para ser gobernador de México, puesto que no llegó a ocupar, ya que muere en Nueva España en 1530 antes de asumir el cargo. Chimalpain hace notar que no era de sangre real, a pesar de los honores otorgados a su padre por los españoles al nombrarle principal del barrio de San Pablo Teupan.	
6	Don Lorenzo Tianquiztlatoatzin (Lorenzo Maxixcatzin; Don Lorenzo de Tascala)	Tlaxcala	Fallecido en Sevilla el 6 de mayo de 1529. Chimalpain lo confunde con su hijo, Diego Tlilquiyauhtzin, que fue a España en 1534. (Gibson, Pág. 165).	AGI Chimal 1 Gibson
7	Don Juan Tgihuacmitl	Cempoala	Señor de Cempoala. Permaneció en la corte. No fue a Sevilla.	AGI Chimal 1
Otros indios				
8	Francisco de Alvarado Matlacchuatzin (Francisco Encul; Cucul).	México	Hijo de Tezozmochtli Aculnhuacatl, hermano de Montezuma. Chimalpain lo considera de sangre real, un príncipe; pero no lo era para los españoles, que no lo incluyeron en la lista de las vestimentas especiales.	AGI Chimal 1 Chimal 11
9	Gaspar Tazcoaquad	México	Señor del barrio Xoloxo, Acatla.	AGI Chimal 1 Chimal 1

10	Damián Tlacochelecatl	México	Del barrio Tomatla, San Sebastián Atzacualco. No se encuentra en el AGI; por lo tanto es uno de los tres nombres omitidos en las cédulas. Se supone que llegó a Sevilla y regresó con el grupo el 28 de agosto de 1529.	Chimal 1
11	Gerónimo Conchano	México	Señor de la ciudad de Santiago Tlatelolco, descendiente de su tercer rey Quauhtlahtchuatzin. No se le encuentra en el AGI. Ver. nota del No. 10.	Chimal 1
12	Baltasar	Texcoco	Llegó a Sevilla y regresó a Nueva España	AGI
13	Gabriel Tegpal (Gaspar Tegpal; Tequepal)	Tacuba	Hijo de Pedro Tetlepanquetzizin, rey de Tacuba.	AGI Chimal 1
14	Baltasar Toquezquauhycztin (Baltasar Tuzquecoahuyt)	Culhuacán	Señor de Culhuacán. Fallecido en Sevilla el 13 de mayo de 1529.	AGI Chimal 1
15	Valeriano de Castaneda Quetzalcoyotzin (Castañeda Teocal)	Tlaxcala		AGI Gibson
16	Antonio Huatlalotzin (Anton Tlache)	Tlaxcala	Fallecido en Sevilla el 3 de mayo de 1529.	AGI Gibson
17	Juan Citlalihuitzin (Citlalcuetzin) ¿Juan de Avallos?; Juan Zatalico)	Tlaxcala		AGI Gibson
18	Julián Quauhiltzintli (Juan Quaspilatl; Coapilzoteco)	Tlaxcala		AGI Gibson
19	Pedro de Castaneda Collomochcatl (Castañeda Cuytalache)	Tlaxcala	Señor de Tlalmanalco, Chalco.	AGI Chimal 1
20	Felipe de Castilla Momalquitzin	Tlaxcala	Señor de Cuitlahuac. No se encuentra en el AGI. Ver nota en el No. 10.	Chimal 1
21	Baltasar	Cempoala		AGI
22	Benito Matatlaqueny (Mazutlaqueny)		Viajó a Roma; vuelve con el grupo a Sevilla el 27 de julio de 1529. Regresa a Nueva España.	AGI
23	Juan Tezcal			AGI
24	Diego Yacamecant			AGI
25	Juan Xintana (Cintanza)			AGI
26	Juan Cuzin (Alcucin)			AGI
27	Oliver Osacuytal (Voscuycala)			AGI
28	Miguel Nýstande (Instende)			AGI
29	Diego Yquinod			AGI
30	Bartolomé Malquel (Malcoala)			AGI
31	Santiago Piltecle			AGI
32	Santa Cruz			AGI
33	Apanecul (Yapaneatl)			AGI
34	Roman Tengola (Tengulin)			AGI
35	Hernando de Matea			AGI

36	Marcos Mapa	AGI
37	San Martín Mahuez (Mehuez)	AGI
38	Bartolomé Tesecochel (Tresecoche)	AGI
39	Hernando Eca (Gea)	AGI

Notas de la lista de indios:

- 1 Nombre probable. Entre paréntesis, variantes del mismo.
- 2 Subdivisiones de la comunidad Azteca en la época pre-cortesiana del México Central.
- 3 Abreviaciones: AGI: Archivo General de Indias, Sevilla, Contratación, legajo 4675 B, folios 124v-126v. Este material fue gentilmente proporcionado por el Dr. France V. Scholes de su colección fotográfica; el Dr. Juan Friede contribuyó con la transcripción paleográfica.

Chimal 1: Esta es una fuente de información muy rara y complicada. Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, indio de alta sociedad, natural de Chalco, escribió diversos trabajos en Náhuatl, basándose en fuentes de información escritas y orales hasta hoy desconocidas. En fecha aún no precisada, tradujo al Náhuatl la obra *Hispania Victrix* de López de Gómara (1552). Esta traducción de Chimalpain fue encontrada por Carlos María Bustamante, anticuario devoto (y político), el cual pensó se trataba de alguna nueva e importante historia indígena, no obstante haber descubierto su

verdadera naturaleza y valorizado la importancia del documento, lo publicó con el título de: *Historia de las conquistas de Hernando Cortés*, escrita en español por Francisco López de Gómara, traducida al mexicano y aprobada por verdadera por D. Juan Bautista de San Muñón Chimalpain Quauhtlehuanitzin, indio mexicano, 2 volúmenes. (Ciudad de México, 1826). A pesar de que en general, la traducción de Bustamante al español de los trabajos de Chimalpain, contribuye escasamente a complementar el original de López de Gómara, el cronista indígena añadió a la parte segunda, capítulo 62 (Vol. 2, 1826, págs. 163-164) notas en torno a once de los indios aztecas que acompañaron a Cortés en 1528; contribución única, que ninguno de los cronistas había utilizado anteriormente.

Chimal II: Escritos importantes que se conservan de Chimalpain, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, escritas por don Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Quauhtlehuanitzin, paleografiadas y traducidas del Náhuatl, con una introducción, por S. (ilvia) Rendón. (Ciudad de México, 1965), p. 230-31.

Gibson: Charles Gibson; *Tlaxcala en el Siglo XVI*. (New Haven, 1952), pág. 161.



Notas:

(1) *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. 4 vols. (Madrid, 1851-55), vol. 3, págs. 527-28. Originalmente publicado en 1535-57.

Hispania Victrix, por Francisco López de Gómara. Primera y segunda parte de la historia general de las Indias con todo el descubrimiento, y cosas notables que han acaecido dende que se ganaron hasta el año de 1551.

Con la Conquista de México y de la Nueva España, 2 vols. en uno. (Por Medina del Campo, 1552-53), segunda parte, folio cxii verso; en ediciones posteriores se incluye este material en la 2a. parte. cap. 62.

Historia General de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano, por Antonio de Herrera y Tordesillas, 8 vols. en cuatro (Madrid, 1601-15), IV década, libro 3, capítulo 8.

Las maniobras político-económicas de Cortés durante esta época han sido estudiadas por G. Michael Riley en *La Hacienda de Fernando Cortés en Cuernavaca, 1522-1547*. (Disertación en la Universidad de Nuevo México, 1965), resumida parcialmente en su *Fernando Cortés y las Encomiendas de Cuernavaca, ... 1522-1547. Las Américas*, 25:3-24 (julio de 1968). El rey Carlos de Habsburgo era Carlos I de España, no obstante después de su elección como sacro emperador romano el 28 de junio de... 1518, era más conocido como el emperador Carlos V. El más conocido de los cronistas de su reinado es Roger B. Merriman:

El Esplendor de España en el Antiguo y el Nuevo Mundo, 4 vols. (Nueva York, 1918-34). *El Emperador* vol. 3.

(2) *Historia de América Central*, 3 vols. por Hubert Howe Bancroft, (San Francisco, 1883-87), vol. 1, p. 539-540.

(3) *Historia General*, por Oviedo, vol. 3, p. 527-728. Oviedo afirma que su información la tomó de fray Diego de Loaysa, que había acompañado a Cortés y al grupo de Veracruz a La Habana, después fueron a Nicaragua donde le dio su reporte a Oviedo. *Hispania Victrix*, por López de Gómara, 2a. parte, folio cxiii.

(4) *Idem.*

(5) *Fernando Cortés*, por Riley, p. 14-15, 17. Ver también *España*, por Merriman, vol. 3, p. 510. El *ex-voto* de Hernán Cortés, por Federico Gómez de Orozco. *Ethnos*, 1:219-222 (1920-21) proporciona una detallada aunque no documentada crónica sobre los viajes realizados por Cortés en España en 1528. Según esta misma fuente, Cortés paró en el monasterio de la Rábida, en donde conoció al futuro conquistador de Perú, Francisco Pizarro.

(6) *Hispania Victrix*, por López de Gómara, 2a. parte, folio cxiii.

(7) Varias veces se han publicado de diferentes copias la *Cédula* del 6 de julio de 1529; una de ellas se puede encontrar en el *Cedulario Cortesiano* de Beatriz Arteaga Garza y Guadalupe Pérez San Vicente. (México 1949), p. 125-132. El 27 de julio de 1529 se autorizó a Cortés y a su esposa doña Juana a tomar posesión de este mayorazgo; *idem.* p. 141-164. Ver también *Hispania Victrix*, por López de Gómara, 2a. parte, folio cxlii.

(8) *Fernando Cortés*, por Riley, p. 20. Ver también *España*, por Merriman, vol. 3, p. 510-511.

(9) *Fernando Cortés*, por Riley, p. 20. *Historia General*, 4a. década, libro 6, cap. 4, p. 134. El padre de Cortés había arreglado el matrimonio de don Hernando con doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar. Para más detalles ver *Hispania Victrix* de López de Gómara, parte 2a. folio cxiii verso.

(10) *Das Trachtenbuch das Christoph Weiditz von seinen Reisen nach Spanien (1529) und den Neiderlanden (1531-32)*, editado por Theodor Hampe (Berlín, 1927). El doctor Hampe reorganizó para su publicación el desordenado original, el número que aparece abajo de las láminas es el suyo. Tradujo las notas que Weiditz había escrito en un arcaico dialecto alemán al inglés y al español. Los principales dibujos parecen ser copias del siglo XVI, de los originales actualmente perdidos. Los que no han sido publicados son variantes de las copias realizadas posteriormente por un artista del siglo XVI de nombre Sigmund Hagelsheimer (alias Heldt) que se encuentran actualmente en la "biblioteca del vestido" del Baron von Lipperheide-Staatlichen Kunstbibliothek de Berlín y que figuran en el *Katalog de Lipperheideschen Kostumbibliothek* (Berlín, ... 1896-1901) Vol. 1, cuarta parte, p. 5ff. En el libro de trajes no publicado que escribió Heldt, aparecen, según Hampe, duplicados de las láminas XIII-XXII que realizó Weiditz.

(11) *Hernán Cortés y el libro de trajes de Christoph Weiditz*, por Frans Blom. ICACH (Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez), 11:8 (julio-diciembre de 1963).

(12) *Los Veynte y un Libros Rituales y Monarchia Indiana*, por Juan de Torquemada; 3 vols. (Madrid, 1615; 2a. Ed., 1723), vol. 2, p. 554. *Trachtenbuch*, por Weiditz; Láminas XV-XVII.

(14) *Monarchia Indiana* por Torquemada, vol. 2, pág. 554. *Trachtenbuch* de Weiditz, láminas XI-XII.

(15) *Idem.*, láminas XVIII-XXIII.

(16) *Idem.*, lámina I.

(17) *Idem.*, lámina LXII.

(18) *Idem.*, pág. 20. Ver nota de la lámina IV escrita por Hampe.

(19) *Idem.*, lámina IV. Manuel Romero de Terreros en su libro *Los retratos de Hernán Cortés; estudio iconográfico* (ciudad de México, 1944), parece desconocer totalmente el retrato que Weiditz realizó en 1529; de las treinta y tres pinturas presentadas en esta obra, solamente tres de ellas pudieron haber sido realizadas en vida del Conquistador y éstas sólo son conocidas en copias posteriores realizadas durante la época de la colonia (Hospital de Jesús; Palacio Municipal; Museo Nacional de Historia: *Idem.*; pág. 13-19). Comenta y reproduce el medallón realizado por Weiditz, *Idem.*; pág. 10-11 y fig. 3.

(20) *Tlaxcala en el siglo XVI*, por Charles Gibson (New Haven, 1952) pág. 164, da como fecha de partida la de 1527, la cual es errónea.

(21) *Los Aztecas en el Pensamiento Renacentista*, por Benjamín Keen (sin publicar), pág. 7-11, gentilmente proporcionado por el autor con información adicional. El doctor Keen proporcionó del mismo modo estas referencias: de F. A. McNutt,

De Orbe Novo, Las Ocho Décadas de Pedro Mártir, 2 vols. (New York, 1912), vol. 2, pág. 41-46. La carta de Forli es mencionada en "Los Primeros Mexicanos enviados a España por Cortés", de Marcel Bataillon, *Journal de la Société des Americanistes*, 47:135-140 (1959); el texto latino fue publicado por Henry R. Wagner en *Revista Histórica Hispanoamericana*, ... 9:361-363 (1929). En la edición de Eugenio Alberti, *Relazione di Gasparo Contarini. Relazioni dagli ambasciatori veneti al Senato*, 15 vols. (Firenze, 1839-63), serie 1, vol. 2, pág. 54. **Memorias Literarias de Alberto Durero**, por W. M. Conway (Cambridge, Inglaterra, 1889), pág. 101.

(22) **Tlaxcala**, por Gibson, pág. 184. **Historia General**, por Herrera, 4a. década, lib. 6, cap. 4, pág. 134.

(23) MS; Archivo General de Indias, **Contratación**, legajo 4675 B, fols. 124v-127v. Se agradece la generosidad del Dr. Scholes al hacer posible la obtención de este material y al Dr. Friede por su transcripción paleográfica.

(24) "Para que se dé vestuario a los indios de la Nueva España que trajo don Fernando Cortés", *Idem.*; fol. 124 v.

(25) "Para que se dé bastimiento a los dichos indios", *Idem.*; fols. 124v-125.

(26) "(Para que se dé vestuario a los que así no se habían nombrado)", *Idem.*; fol. 125.

(27) "Relación del mantenimiento que se ha dado a los indios que fray Antonio de Ciudad Rodrigo presentó en esta Casa, viernes 9 días del mes de abril de 1529 años en adelante", *idem* fols. 126v-127.

(28) "(Relación) para vestuario de veinte y cuatro indios", *Idem.*; fols. 125-126.

(29) "Relación del bastimiento que se compró para bastimiento de diecisiete indios que van a la Nueva España en la nao de que es maestro Pero Dias", *Idem.*; fols. 127-127v.

(30) **Séville et l'Atlantique**, por Pierre Chanau (1504-1650), 7 vols. (Paris, 1955-57), vol. 2, pág. 192-93.

(31) Existía en la España del siglo XVI una increíble variedad de unidades monetarias, por lo que es casi imposible equiparar sus valores con los de nuestra moneda actual. La unidad oficial de la que todas las demás unidades eran deducidas, era el maravedí la cual no era una moneda propiamente dicho. La principal moneda de plata en circulación en España era el real (1/8 del peso), la cual constaba de 34 maravedís. La unidad ora era el ducado que constaba de 375 maravedís; un peso fuerte de oro contenía 450 maravedís. Ver **El Imperio Español en América**, por Clarence H. Haring, 2a. Ed. (New York, 1963), pág. ... 286-288; **Las fluctuaciones de precio en algunas de las básicas mercaderías del México Central, 1531-1570** (Berkeley y Los Angeles, 1958. *Ibero-Americana*, 40), pág. 8-9. Nos dice Franz V. Scholes que el "peso de oro de minas" (300 maravedís) de 1531 tenía un poder de compra equivalente aproximadamente a seis dólares USA de 1958. "El conquistador español como hombre de negocios", **Nuevo México Trimestral**, 27:11 (Primavera, 1958). Si esta relación es aproximadamente correcta las arcas reales pagaron un poco más de ocho mil dólares por la permanencia de los indios en Sevilla.

(32) **Crónica Mexicayotl**, por Fernando Alvarado Tezozomoc, traducida directamente del náhuatl por Adrián León (México, 1949) par. 313, pág. 151.

(33) **Relaciones originales de Chalco Amequemecan**, escrita, por don Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Quautlehuantzin, paleografiadas y traducidas del náhuatl, con una introducción por S. Rendón (México, 1965), pág. 230. Ver nota 37.

(34) **Teatro Mexicano**, por Agustín Betancourt, 4 vols. (México, 1870-71), vol. 1, pág. 363-364. Primera publicación en 1698; basada en la obra MSS de Chimalpain. Alvarado Tezozomoc en su **Crónica Mexicayotl**, par. 314, págs. 151-153 también proporciona su genealogía y detalles de sus descendientes, cuando menos de uno de los que murieron en España.

(35) Camino de la Corte de España en 1528, Cortés hizo que sus indios actuaran para varias nobles señoras: "El ex-voto", por Gómez de Orozco, pág. 229-230.

(36) **Bibliografía mexicana del siglo XVI**, por Jaquín García Icazbalceta (México, 1886; rev. Ed., editada por Millares Carlos, 1954), pág. 327-328, n. 6.

(37) "Importancia etnográfica y lingüística de las obras del Padre Fray Bernardino de Sahagún. Memoria presentada al XX Congreso de Americanistas reunido en Río de Janeiro", por Alfonso Toro.

Anales, Museo Nacional (México) 4a. Ep. T. 2, (1924) pág. 2. También en el XX Congreso de Americanistas (Río de Janeiro, 1922), **Annaes**, 3 vols. (Río de Janeiro, 1928), vol. 2, págs. 263-277. Según estudios contemporáneos las afirmaciones de Toro son incorrectas al decir que: "Don Pedro Moctezuma Tlacahuepan Yohualcahuatzin, hijo de Montezuma, Don Francisco de Alvarado Matlacahuatzin, hijo de Tezozomoczin y los demás principales mexicanos que acompañaron a Cortés, no volvieron a México, sino hasta el año siguiente de 1530".

(38) **Fray Bernardino y su Obra**, por Wigberto Jiménez Moreno (México, 1938), pág. 4, n. 4; reimpresso de **Historia general de las cosas de Nueva España**, por Fray Bernardino de Sahagún, 5 vols. (México, 1938).

(39) **Historiadores de América. Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)**, por Luis Nicolau d'Olwer (México, 1952). Instituto Panamericano de Historia, publicación 142).

ESTUDIO

LA POESIA DE CABRAL DEL HOYO

... se manda en la realidad
jamás en la fantasía.

Este es un poeta que ha logrado sublimar sus defensas interiores y al hacerlo son dos voces las que se escuchan: la voz del hombre y la voz del poeta que se amalgaman en sus versos, que de hecho son perceptibles al inconsciente de todos mas sólo al consciente de unos pocos.

Cabral del Hoyo nos demuestra cómo el poeta difícilmente puede ser otra cosa:

... ser joyero y en un anillo de humo engarzar unas gotas de rocío.

Jardinero,

y tras mil experimentos

injertar en el árbol de un navío el rosal de la rosa de los vientos.

Cómo, para el poeta las palabras son alimento, vida, sangre:

Y frente a certidumbre tan amarga,
uno rompe la cándida cuartilla.
Y se queda sangrando a borbotones.

* * *

Aguas corrientes del arroyo claro,
álamos asomados a su espejo,
nunca hallaré, si por mi mal os dejo,
sitio más venturoso ni más caro.

Me alejo de vosotros, y os declaro
que he de tornar, así como me alejo,
para poner mi corazón, ya viejo,
eternamente bajo vuestro amparo.

Pues dominar no puedo el vagabundo
afán, por más que de su fin recelo;
fuerza es dejaros y volver al mundo.

Porque me llama; como a ti, riachuelo,
con su amarga canción el mar profundo;
como a vosotros, álamos, el cielo.

Cómo, Tánatos se apodera del alma de todos los poetas:

Cazador, nos cazaron en el monte.
Nos llevan a enterrar, sepulturero.

* * *

Será como ir quedándose dormido
en soledad tan pura, tan carente
de todo, cual rindiendo cauce y fuente,
linfa y sed, continente y contenido

Solo, sin pie, sin ala, desasido
de las cosas más íntimas, ausente
de sí, tan en extremo transparente
como sombra de un sol desconocido.

Y de súbito, en ondas de la nada,
una luz deslumbrante: derramada
por el agua y el aire la conciencia.

Y ardientemente vivo hallarse en todo,
ya todo vivo en uno, de tal modo
que no sufra el amor ninguna ausencia.

Cómo, los poetas no saben cuándo es de día ni
menos cuándo es de noche, pues viven sus sueños como
si fueran reales:

¡Emula de la cierta, la fingida!
La luz no es más verdad que su reflujo,
ni menos real el sueño que la vida.

Cómo, los poetas son cazadores de cometas celestiales y de músicas palabras, elevándose muy por encima de la realidad, a la que suelen regresar precipitadamente:

¡Inútil curvar las voces
a caza de inmensidades!
Y el pobre afán imposible
se va volviendo romances.

* * *

... tengo las manos desolladas
de tanto asir los imposibles, y vacías;
traigo de zarzas y de polvo
cubierta y rota la memoria de mi vida.

Cómo, los poetas poseen una enorme imagen materna, los unos tratando de despegársela y los otros no habiéndolo conseguido:

No sé por qué, madre, tú
me tienes cariño a mí,
si no me conoces tú,
ni yo te conozco a ti.

Tú no sabes quién fui yo
en las vidas que viví.
Yo sólo soy para ti
una alma que en ti encarnó.

Perdóname, madre, a mí
la sangre que te quité.
Cual yo no te culpo a ti
de la vida. Yo no sé
contra qué ley delinquir
ni en qué otro mundo pequé,
peor puesto que nací
por algún delito fue.

Juntos nos tocó vivir
la comedia sublunar.
Después yo habré de partir
a donde tú no has de estar.

Tú al cenit y yo al nadir.
Quizá me toque llorar
cuando tú debas reír.
Tal vez tú vas a vestir
de blanco en campos de azur.
Yo de andrajos he de andar.
Tú irás a la Cruz del Sur
y yo a la Estrella Polar.

Sexo, nombre, condición,
vida, jaccidentes nomás!

¿De qué sirve el corazón?
Yo me voy y tú te vas.

Yo no sé, madre, por qué
me tienes cariño a mí.
Tú eres prana que tomé.
Yo, manas que vino a ti.

Cómo, los poetas regresan con frecuencia a estados de infantilismo, o, acaso, no regresan porque no han salido:

Este soy yo, desnudo y a distancia
de todo cuanto fui, falso y ajeno:
designios de ser malo y de ser bueno,
resabios de la sangre y de la infancia.

* * *

Dame el perdón capaz de unirme
con mi niñez y con mis padres en tu cielo.

Cómo, los poetas suelen ser ambivalentes cuando se encuentran con la mujer, y como en el caso de Cabral del Hoyo sólo la "mujer-viajera" le seduce:

* * *

Y de vuelta de todo, en un recodo
de mi propio dolor te hallé dormida.
Eras la plenitud apetecida,
la no encontrada parte de mi todo.

Vivir soporto —agonizar— aparte
de ti, tan sólo porque acaso un día
en tu serena y dulce compañía
encuentre alivio mi dolor de amarte.

En la noche, en su más profunda parte,
colman mis ayes la extensión vacía,
y en la pasión con que te llaman mía
conozco lo imposible de olvidarte.

Ando de mis cansancios a mi hastío
sin que ni por azar en algo acierte,
viudo, ausente, sonámbulo, sombrío.

Todo lo he de perder por no perderte,
y esperaré que vuelvas, amor mío,
hasta el último instante de mi muerte.

Pero ese defenderse contra la imagen interior de abandono, hace que nuestro poeta se defienda abandonando:

Te he de perder un día.
Te he de perder un día totalmente.

Escucharé tu nombre sin sobresalto alguno.
No calmarás mi llanto. No poblarás mi yermo.
Te he de perder un día totalmente.

Porque habrá de caer, inexorable,
el minuto absoluto del olvido.

Y escaparás entonces al poema
como ayer a la vida de mis brazos.

Te he de perder un día totalmente.

Pero mientras te tengo, déjame nuestras cruces.

Que en el papel pregone lo que negué a tu oído
el estertor de un mundo que para ti formaba.

Esta sólida mancha de la tiniebla mía
cuando la aurora tuya se me quebró en las manos.

Cómo crujó mi nave cuando tu cobardía
arrojó por la borda nuestro niño horizonte.

Mi deshielo. Tu quiebra. Nuestros cuerpos perdidos.
Nuestras fiestas trocadas en lúgubres orgías.

Inefable tu crimen y mi sangre contada,
siento que he de perderte.
¡O que ya te perdí!

Cómo, los poetas gozan penando, y cuando ríen es sólo para demostrar que saben hacerlo. ¡Ved a un poeta llorar y lo vereis vivir!

Por más que te llore, Amor,
no te lloraré bastante.

Aunque me pase llorando
las noches interminables.

Aunque llorarte pudiera
poro a poro de mi carne.

Aunque llegase a llorar,
en vez de lágrimas, sangre.

Por más que te llore, Amor,
no te lloraré bastante.

Aunque llorara y llorara
siglos y siglos de edades.

Aunque mi llanto corriese,
desolado, por las calles.

Aunque desborde los ríos.
Aunque acreciente los mares.

Por más que te llore, Amor,
no te lloraré bastante.

Un poema solamente puede describir el alma de un poeta, y Cabral del Hoyo nos deja conocerla en el siguiente:

Capricho. Tesoro inútil.
Corazón de nudo ciego.

Troquel de sombras. Orgullo.
Carne tendida de negro.

Enemiga de ti misma.
Ánfora rota. Te quiero.

Te quiero, mano crispada.
Página en blanco te quiero.

Desde que no puedo verme
sin llorar en el espejo.

Indefensa y agresiva.
Útero casto y hambriento.

En cada mujer que pasa
y en cada noche sin sueño.

Lágrima en busca de un hijo.
Soledad. Templo desierto.

En tanto que se dispersan
entre los surcos mis huesos.

Te quiero madre en mis brazos,
himen intacto y secreto.

Ahora, regazo, y siempre
que mi voz levante un eco.

Extraña, imposible, mía,
te quiero cubil de besos.
Te quiero, cáliz de hastío.
Puñal llorando, te quiero.

Desvalida protectora.
Perjurio de ritmos lentos.

Te quiero, boca insensible.
Entrega triste, te quiero.

Ajena carne enlunada.
Te quiero, te quiero siempre.

Te quiero muerta o de todos.
Te quiero niño y enfermo.

CUATRO POEMAS DE ODON BETANZOS

MI TIERRA

Mi tierra me hizo a su medida
 la noche aquella de luna aquella.
 Me hizo de viña y canto jondo,
 de filosofía tierna y filosofía ancha.
 Mi tierra sangraba poetas
 y el mundo la conocía.
 ¡Ay mi tierra de vino blanco
 de jaca torda!
 ¡Ay mi tierra!
 Mi tierra que tiene rejas
 con ojos negros.
 Tierra de sol y de marismas,
 de cascabeles gráficos de letanías.
 Veinte mil sombreros de alas anchas
 y veinte mil chaquetas
 chaquetas cortas rondan las calles.
 ¡Mi tierra! ¡Mi tierra aquella
 del niño junco, de la niña hembra!
 ¡Ay, cómo la besan los soles
 y los surcos se ponen en pie
 y se tambalean!
 Tierra que habla con voz de aire.
 Tierra que con navajas ella pelea.
 Tierra que huele a corpiños recién lavados.
 ¡Ay mi tierra,
 la tierra de los poemas!
 Yo quisiera veinte mil caballos
 con sus madroños.
 Yo quisiera la sierra, y los olivos,
 y las viñas, y las hembras que duermen,
 y yo dormir en la era con diez lobos y sus cuchillos.
 Yo quisiera la bondad del mundo para iluminar a mi tierra.
 ¡Mi tierra! ¡Ay mi tierra!

RECUERDO DE HIEL Y MIEL

Como un dios sin casa
y campo sin flores.

La idea alcanzada,
 la visión del monte.
 El recuerdo erizo
 sin frontera el cobre.
 Erase la luna,
 los mares salobres
 las uvas de polvo
 el amor de un hombre.

Como diez navajas
rajaban la noche.

Todo por la mente
 agobiaba el orden
 y el mundo a mis pies

arrullaba al monte.
 Yo frené mi mente,
 ordené mi nombre:
 Betanzos Palacios
 labriego de porte
 sencillo de cuna
 con sus padres nobles.

Y como un destello
 despidiendo bronce
 crucé las fronteras,
 que hacían la noche.

Dos mundos, un beso,
 aldea y colores
 era mi recuerdo
 por el mar enorme.

Amor sanjuanero,
 un tallo de bronce

con ala muy ancha
 en pared de adobe.
 El beso ceceante,
 el calor de un roce,
 la ronda del ojo
 plazoleta pobre.

Y mi alma sangraba
 chillaba en la noche
 igual como el tigre
 al herir el monte.
 Era ella, la misma,
 con vestido y porte.
 Vacación caliente
 antes de las once.
 Morena, morena,
 como luz de un broche
 tersa como un dios
 viva como un monte.

MI RAZA

Las inquietudes bailaban en la tierra.
 Las caras de avellanas pardas.
 Los ojos de ascuas que presienten ríos.
 Cuerpos de roble, inteligencia clara.
 Las manos anchas de terrón y arado.
 La raza no cabía en las murallas
 y el acento meridional no quería el letargo.
 Las armas se movían de aquí para allá
 y si no hubieran encontrado salida por el mar
 habrían salido bólicos hacia los espacios.
 Un hombre con el sello de España
 hace la proeza. De Palos se va
 y con él trescientos Pinzones de agua salobre.
 Un mundo grande y virgen esperaba
 y una raza especial se forma.
 Grande de espíritu, fuerte de alma.
 Una raza de toro bravo
 y mansedumbre de cordero extremeño.
 Una raza de hierro, de terrón, de mirar inquieto,
 de fe, de guerra, de genios,
 de resurrección y de clave de las demás razas.
 Y con la cara el verbo y el acento
 y con la sangre la planta del héroe
 y con los ojos la tierra se levanta
 y con el alma cambian la universidad del espíritu.
 ¡Salve! ¡Salve, raza hispánica!
 Sin fronteras, con hermandad,
 con los brazos abiertos
 y con sus cuerpos mezcla de lengua, de tierra y de alma.
 Avellanas pardas y empuje de toro
 de toro bravo del corazón hispánico.

Mil veces de noche
 frené mis impulsos
 y ordené mi nombre.

Un pueblo redondo.
 Las uvas de cobre.
 El mirar muy lánguido.
 La fuente en la noche.
 Un ceceo de vino
 oscuro del trote.
 Casas que iban siendo.
 Toscos labradores.

Se me alzó de manos
 el barco en la noche.
 Trasquilló las olas
 y encalló en el monte.

La luz era un rezo.
 El besar de un hombre.

Morena de harina
 con vestido pobre.

Figura ambulante
 jazmín de la noche,
 morena es la gracia
 pasión es el nombre.

Erase un creyente
 con la luz de un cobre.
 Mares bocaabiertos
 repiten las doce.

ABANDONO

Que yo la vi cinco días
 entre dos pinos y arroyo
 de cristal.

Que la miré desnudarse
 entre vestido y lunares
 de tisú.

Que con su cuerpo de nácar
 yo sentí un escalofrío
 de aceros y de mimbrales
 es verdad.

Pastando estaba el caballo
 entre dos pinos y arroyo.

Yo miraba hacia los cielos;
 mi espalda sobre una manta
 de hierbas verdes y amapolas.

Que había paz en los pinos
 y el caballo relinchó
 con razón.

Que yo la vi desnudarse
 por entre un verde y un azul.

Que yo le vi sus lunares
 que le besaban sus pechos.
 Que había queja en su boca
 y en el arroyo pureza
 inundándole las piernas
 con su luz.

Que no era forma de humana,
 que sí la era de una diosa
 cuando yo la vi mojada
 saca su cuerpo desnudo
 del agua que la besó.
 Que eran dos pinos muy verdes
 los que temblaban de gozo
 y placer.

Que vio al caballo desnudo,
 que buscó al amo cercano,
 que la miraba completa
 no creyendo la visión.
 No hubo palabras ninguna
 cuando un grito desgarró
 una vergüenza y unos pinos
 de verdor.

Que se tapó con las jaras
 su pudor y desnudez,

que los arbustos reían
 unas sátiras coplillas.
 Que ella me pidió llorando
 su vestido de lunares
 para cubrir indulgente
 su blancor.

Que ella se vistió de prisa
 con hojas y con vestido,
 que se metió entre dos pinos
 para ocultar su rubor,
 que la detuve pidiéndole
 excusa por mi presencia
 entre dos pinos y arroyo
 con su flor.

Miró perpleja mi calma
 sus ojazos montaraces.
 Lloró lágrimas calientes
 mirando para las yerbas.
 Que lo pude consolar
 poniendo frío a mis ascuas
 que atizaban como rejonas
 de pasión.

Me habló que no conocía
 otro mundo que los pinos
 secos o verdes envueltos
 de una sencilla ilusión,
 que se llamaba Teresa
 y vivía con su padre
 en una casa de pinos
 y de sol.

Que ella me tomó confianza
 es verdad.

Que las tardes me esperaba
 entre un arroyo que ríe
 y dos pinos que susurran
 nuestro amor.

Que los besos que le daba
 eran música celeste
 con las notas de jazmines
 y azahar.

Que me marché una mañana
 del pinar
 y ella vivirá llorando
 entre dos pinos de negro
 y un arroyo asustado
 ante Dios.



TRES
POEMAS
DE AMOR
DE
AMELIA
SAIEG

Dibujos de Berenice

DENSA

Densa como esta soledad
que me rodea,
huérfana de tu mano,
hoy te buscaría por cualquier ismo.
Hay una cúspide inalcanzada,
longevidad la vida,
quizás breve, irresoluta.
No solamente la agitación o el beso,
tú no eres dos veces,
denso tú,
volátil la sien.
Recesivo amor,
prolongas el junco, la mesa cotidiana,
mi mano irrepetida.
Es el "hoy" de ayer.
Traes continuos movimientos internos,
no solo sexo,
cateo a nivel juvenil,
ceremonia boca a boca,
esperanza, dolor semejante a futuro.
Resurrección con visos inherentes.
Densa, denso, línea creativa,
para inventar incendios
visionario del ojo,
calumnia mortal para el olvido.

PALMO VUNERABLE

Los brazos de acometientos
y desalineos,
ahora la juventud,
rebozando su tizón de plátano en desborde.
Si eres feliz aquí,
estrena tu risa,
llenaremos los bancos de las plazas,
reiremos del niño en su milagro.
El húmero sin alternativas,
tú y yo,
un mito para descifrar cromosomas.
Amado ven,
no sé que palmo vulnerable,
se rige de tu voz en la mañana.
Ya vives en el desayuno y el ómnibus,
te habito con la ventana inmensa
del sueño enajenado.
De ti quiero el hijo,
o el estertor secreto de los grillos,
tu corbata y el rubor creciente de los pájaros.
Quiero tu cuerpo,
para bruñir caricias incesantes,
y un trasbordo de barcos fugadores,
a lo largo de un evidente canal.
Pediatra del escalón al seno,
tu boca,
primera glándula pineal de los secretos.
Trasmutación en pasados y arrebatos,
para un iglú
donde encalló mi beso.



POR TI

Y se me fue la sangre
de las manos
mientras la primavera
deliraba.
Y me quedé vacía
de tu nombre,
bajo un teclado
de silencios.



MARIA
OFELIA
HUERTAS
OLIVERA

DESCONCIERTO

I

Voces y signos me cercan.
Problema de fondo y forma
esperando la respuesta
que formula mi razón.
Corto un plan, muevo los signos
y las voces se mantienen
pidiendo cabal respuesta.
Tratativas que se pierden
en vanas conjugaciones
de rutinas, de emociones,
de una pena, de una risa,
que demarcan un complejo
que vulgarmente señalo
con desinencia sabida
que repite los dilemas.
Me asombro y pronuncio: HOMBRE.

II

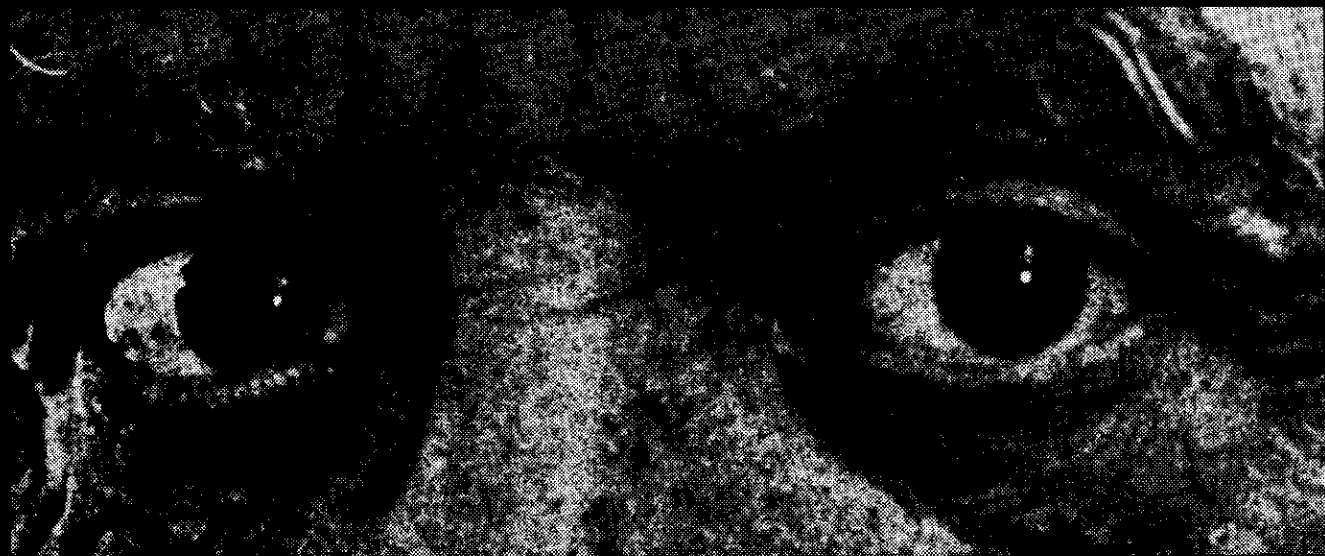
Peso superfluo mi angustia
Lastre de días antiguos
que se aferran en las cavas
de oscuros y vanos sueños,
dando un rumbo sin deriva
a mi barca sin destino
que no acepta puerto nuevo,
que se pierde de su rumbo
obsesa en ruta borrada.

III

Palabra discorde,
silencio sin causa
y quedo muy sola,
otero distante
del canto y la idea
que dicen en torno
los hombres que, sabios,
construyen sin pausa
la dicha y la risa.

(HOMENAJE)

PABLO PICASSO



OCTUBRE 25,1881: 90 AÑOS DE MIRAR AL MUNDO

NORTE

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Fundada en 1929